

Abelardo Alzamora Arévalo

Más allá del tiempo



Literatura oral afroperuana



Ministerio de Educación

Directora General de Educación Básica Alternativa, Intercultural Bilingüe y de Servicios Educativos en el Ámbito Rural (DIGEIBIRA)

Elena Antonia Burga Cabrera

MÁS ALLÁ DEL TIEMPO. Literatura oral afroperuana

Abelardo Alzamora Arévalo

Ilustraciones

Guillermo Fernández Guerrero

Editor y cuidado de la edición

James Matos Tuesta

Corrección de estilo

Javier Ugaz Aguilar

Diseño y diagramación

Cynthia Guibovich

Primera edición, febrero 2018

Tiraje: **xxxxxx** ejemplares

©Ministerio de Educación
Calle del Comercio 193, San Borja
Lima, Perú
Teléfono: 615-5800
www.minedu.gob.pe

Impreso por: **xxxxxxxxxxxxxx**

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú: BNP: xxxxxxxxx

Todos los derechos reservados. Prohibida la reproducción de este material por cualquier medio, total o parcialmente, sin permiso de los editores.

Impreso en el Perú/Printed in Peru

Índice

Introducción	5
Capítulo I: Fábulas	7
El león y la zorra	9
El león, el zorro y la gallina	13
El león, el zorro y las ovejas	15
El león, el zorro y el queso	17
El león, el zorro y la miel	19
El león, el zorro y las sandías	21
El león, el zorro y los zapatos nuevos	23
El zorro y el gallinazo	27
El gallinazo y el burro	31
Capítulo II: Cuentos de encantos, duendes y aparecidos	33
La china Huaca	35
El duende	39
El loco y el duende	41
El canto de la sirena	43
Capítulo III: Relatos yapateranos	45
De boca en boca	47
Así nacieron las letras	49
La letra es la letra	53
Huella digital	59
El tío Eloy y los pájaros	63
Los mates del tío Sabino	67
Gallinazo no come gallinazo	71

La hora de la muerte	77
Yo sé estudiar	83
Capítulo IV: Oralidad de la narrativa religiosa	87
Oraciones utilizadas en los novenarios	89
Oración a San Miguel Arcángel	90
Oración a Jesucristo	90
Oración a la Virgen de Monserrat	91
Oración utilizada en la mesa de curanderos	92
Oración a María	93
Capítulo V: Ritos y costumbres	95
La cura del chucaque	95
Oración para la cura del chucaque	97
La cura del mal de ojo	99
Oración para la cura del mal de ojo	99
Capítulo VI: Dichos y refranes populares	101
Glosario y expresiones locales	105

Introducción

La literatura oral afroperuana y sus aportes a la cultura peruana

Ante la constatación de que el acervo cultural afrodescendiente de la costa norte del Perú corre el riesgo de extinguirse y, por lo tanto, muchos de los saberes tradicionales, como nuestra cosmovisión, están desapareciendo, desde hace algunos años me encuentro trabajando algunas propuestas educativas para poner de manifiesto nuestra valiosa herencia cultural.

El libro que tienes en tus manos es una apuesta cultural que recoge información de fuentes primarias (ancestros) cuyo objetivo general es aportar al fortalecimiento de la identidad étnico-cultural del pueblo afroperuano, así como contribuir a que la sociedad en general, particularmente los niños y niñas del Perú, conozcan los aportes literarios de la cultura afroperuana.

Esta propuesta educativa aspira a convertir la tradición oral afrodescendiente en material de lectura para las instituciones educativas en el marco del desarrollo de la interculturalidad, el plan lector y la diversificación curricular. No solo fortalecerá las habilidades de expresión, comprensión lectora y producción de textos de los educandos, si no que incentivará el conocimiento de prácticas y tradiciones locales. La oralidad afroperuana, desde la narrativa, comprende un conjunto de relatos propios del raigambre ancestral afrodescendiente que, además de contener un mensaje reivindicativo, está enriquecido con términos y expresiones que constituyen patrimonio inmaterial del habla de los afrodescendientes rurales de la costa norte.

Asimismo, en este momento en que la educación intercultural promueve en las escuelas el reconocimiento y visibilización de los aportes culturales afrodescendientes, creemos oportuna la publicación de este texto que contiene trazos de la literatura oral de nuestros pueblos.

El texto está dividido en seis capítulos: el primero, cuenta con una sucesión de relatos contados desde la idiosincrasia campesina y el mundo rural que fueron transmitidos de generación en generación, de boca en boca, con el león y el zorro como principales protagonistas. Aquí el zorro, como buen zorro, siempre sale librado de las picardías que emprende contra el rey de la selva

Sigue después el capítulo de los cuentos de duendes, espantos y aparecidos: personajes míticos y sobrehumanos que viven en los parajes solitarios y se aparecen en las oscuras noches del mundo campesino: su existencia real es motivo de discutidas polémicas. Estos relatos legendarios son contados preferentemente durante los acompañamientos en los novenarios de difuntos. Relatos yapateranos, el tercer capítulo, reúne diez narraciones cuyos personajes son campesinos afrodescendientes: la picardía, la ocurrencia y la sabiduría del negro yapaterano se pone de manifiesto en cada una de estas narraciones. El cuarto capítulo ofrece una muestra de la oralidad religiosa, expresiones rituales vinculadas a los rezos y oraciones con un enraizado vínculo multicultural. El quinto capítulo nos muestra algunos ritos y costumbres, y el sexto trata sobre los dichos y refranes más populares que forman parte del habla del poblador de esta zona.

Me siento comprometido en seguir buscando las huellas todavía legibles del pasado de mi pueblo, rastrear sus vivencias, sin perder de vista que también en esta búsqueda de su tradicionalidad se generaban sólidas relaciones interculturales propias de un país multiétnico como el nuestro.

Mi agradecimiento especial a todos mis amigos pobladores de Yapatera y de sus alrededores porque gracias a sus anónimas contribuciones hicieron posible este libro.

Abelardo Alzamora Arévalo

CAPÍTULO I

La fábula

Es una composición literaria perteneciente al arte oral. Son historias prodigiosas de la imaginación popular que se transmiten de generación en generación, de boca en boca, con animales como protagonistas, pero dotados de voz. Es probable que fueran introducidas en América durante la Conquista por los esclavos africanos traídos como mercancía humana, porque estas mismas fábulas se contaban en las minas y en las haciendas donde había esclavos negros, aunque en versiones contextualizadas y diferentes. Fueron difundidas entre los indígenas que compartían la misma suerte del despojo y la colonización.

El león y el zorro son los principales protagonistas, que destacan la astucia y la picardía del segundo, en torno al cual giran las historias de la lucha del débil contra el fuerte y que expresan un modo de cuestionar los poderes de dominación.

Mi abuelo tenía predilección por contar las mil y una fechorías del zorro quien, como buen zorro, siempre salía bien librado.



EL LEÓN Y LA ZORRA

El bosque era el lugar donde vivían armoniosamente el león y la zorra. A medida que pasaba el tiempo habían fortalecido su afecto. Para estrechar más los vínculos de la amistad, la zorra le dijo al rey de los animales:

—Señor león, como usted sabe muy bien tengo a mis cuatro hijitos moros, me ha nacido que usted sea el padrino. Quiero que usted me les eche el agua, me los bautice —le dijo muy reverente la mamá zorra.

—Está bien, señora zorra, para mí será un gran honor bautizar a sus hijos y sellar nuestra amistad con este compadrazgo. ¿Se puede saber para cuándo va a ser el festejo? —preguntó diligente el rey de la selva.

—El agasajo será para el día de la festividad de la Virgen de los Bosques y estoy esperando ansiosa ese día para invitar a la fiesta a todos los animales de la comarca.

Faltando muy pocos días para ese gran acontecimiento social, la mamá zorra se encontró con el león.

—Compadre, compadrito, qué bueno que lo encuentro. Justo en este momento estoy saliendo a buscar algunas cositas que están faltando para la fiesta porque, como usted sabrá, compadre, estoy preparando una gran fiesta, un festejo de rompe y raja digno del rey de la comarca. Por allí le encargo a sus ahijados, los bandidos son muy inquietos, no vaya a ser cosa que les pase algo.

—No se preocupe, comadre, vaya usted tranquila que yo los voy a cuidar. Pero una preguntita comadre, ¿cómo son sus hijos? Yo no los conozco todavía —le dijo el león, un poco turbado.

—Ah, compadre, mis hijos, mis hijos son un encanto, son los más bonitos, las más hermosas crías que animal alguno haya parido —respondió la zorra feliz y orgullosa.

—Está bien, comadre, puede usted ir tranquila que no les va a pasar nada a sus lindos hijitos.

La zorra se marchó tranquila y el león se quedó merodeando por la zona en busca de alguna presa para moderar el hambre. Por el camino encontró unos venaditos juguetones. El león intentó atraparlos pero dio marcha atrás. "No, esos animalitos son bonitos y muy inquietos. Pueden ser los hijos de mi comadre zorra, mejor los dejo ir", dijo un poco desilusionado.

Después de un rato se encontró con unos gazapos de conejos blanquitos como motas de algodón que jugaban indiferentes ante el peligro. La fiera intentó atraparlos pero le entraron las dudas. "¿Y si son los hijos de la comadre?, mejor sigo mi camino". El león estaba cada vez más hambriento cuando de pronto aparecieron ante sus ojos unos hermosos corderitos que jugaban entre ellos. Sin pensarlo dos veces, el león los atrapó entre sus garras y cuando ya estaba a punto de devorarlos nuevamente le entraron las dudas. "Estos animales son muy bonitos pueden ser mis ahijados, mejor los dejo ir".

Desesperado por el hambre, el voraz animal siguió buscando su presa hasta que cerca de una madriguera cuatro indefensos animalitos dormitaban juntos, bajo el sol mañanero. El león exclamó horrorizado: "¡Qué animales tan feos y siniestros! ¿Hijos de quién serán? Si me los como, ¿quién va reclamar por ellos si son tan espantosos y feos?". Terminó de decir esto y sin ningún escrúpulo atrapó de una zarpada a tres de los cuatro indefensos y los devoró en un santiamén. El otro se libró de milagro porque logró escabullirse rápidamente en la cueva.

—Eso fue lo que te salvó, animal horripilante, pero te juro que en la otra no te me escapas —sentenció el voraz carnívoro.

Satisfecho por haber mitigado el hambre, el león se puso a sestear debajo de un árbol, hasta que llegó la mamá zorra.

—Compadre, compadre, ¿cómo le fue con sus ahijados? ¿Los cuidó bien?

—Claro, comadrita, no faltaba más, sus hijos están que juegan por allí. La felicito comadre, de verdad sus hijos son muy bonitos y juguetones, tal como me los describió.

—Así es, compadre. Lo veo alegre y contento. ¿Le pasó algo bueno? —le dijo la zorra.

—Claro, comadrita, barriga llena, corazón contento. Acabo de comerme a tres animalejos feísimos, horribles que estaban cerca de esa madriguera, uno se salvó porque el muy ladino se metió a la cueva.

Presintiendo lo peor, la zorra echó a correr desesperada a la madriguera y horrorizada pudo comprobar lo que tanto temía. Tres de sus hijos habían desaparecido. Llorando inconsolablemente le fue a reclamar al león.

—¡Ay, compadre, ay, compadre! ¿Cómo ha sido posible que usted se haya comido a tres de mis hijitos?

—¿Cómo que a sus hijitos? —contestó sorprendido el león—. Usted me dijo que sus hijos eran bonitos, hermosos y bellos. Los que yo me he comido son esos animales feos y horribles.

—¡Ay, compadre, ay, compadre! ¡Qué dolor más grande siento! ¡Qué poco sabe usted de la vida! ¿No sabe acaso que para toda madre no hay hijo feo?



FERNANDEZ

EL LEÓN, EL ZORRO Y LA GALLINA

Pasó el tiempo y el zorro que logró salvarse de la voracidad del león creció y se convirtió en un zorro grande, fuerte y astuto. A pesar de las desavenencias siguieron tratándose como parientes pero, muy en el fondo, el zorro nunca logró olvidar lo que le ocurrió a sus hermanos. Por eso no desperdiciaba oportunidad para hacerle algunas mataperradas al famélico tío. Un día, caminando juntos por el bosque, el león dejó traslucir sus malas intenciones. Bostezando de voracidad, dijo:

—Ay, sobrino, ay, sobrino. ¿Qué hago? Tengo tanta hambre, pero tanta hambre que soy capaz de comerte ahorita mismo.

El zorro se puso alerta. Temeroso, le dijo:

—No, no haga eso, tiito. Recuerde que yo soy su sobrino preferido.

Mirando a su alrededor descubrió algo que le llamó la atención.

—Tío, tiito, mire allí, detrás de ese matorral está durmiendo una hermosa gallina negra, debe estar bien gordaza la bandida, rápido, tiito, cógela antes de que se despierte —le dijo el ladino animal.

El león quiso cerciorarse primero y, efectivamente, comprobó que detrás del matorral había un bulto negro parecido a una gallina. Queriendo atraparla, el león metió la mano en el matorral y en lugar de gallina encontró un panal de abejas negras que, embravecidas, salieron espantadas del panal y empezaron a picotear al intruso. Desesperado, corría como loco pidiendo auxilio y solo se pudo salvar cuando sin pensarlo dos veces se zambulló de cabeza en un charco de aguas sucias y pestilentes que felizmente encontró a su paso.

El astuto zorro aprovechó el desconcierto y huyó perdiéndose entre la maleza del bosque.

Desde ese día surgió entre los dos animales una enemistad irreconciliable. El león herido y burlado en su amor propio prometió a los cuatro vientos que en donde encontrara al zorro se lo iba a comer.



FERNANDEZ

EL LEÓN, EL ZORRO Y LAS OVEJAS

Ese día fue fatal para el león. Nunca se le olvidaron las picaduras de las abejas. El zorro, por su parte, siempre esquivaba la presencia de su rencoroso tío. Una vez, inevitablemente, se encontraron por un camino solitario. El zorro no tenía escapatoria.

—¡Ajá! Hasta que por fin te encuentro, de esta no te me escapas so facineroso. Lo que es te como y te como. Me ha provocado carne fresca, pero de zorro —sentenció el león.

El zorro, sumiso, reclamó por su vida:

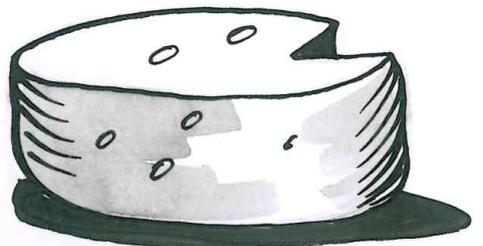
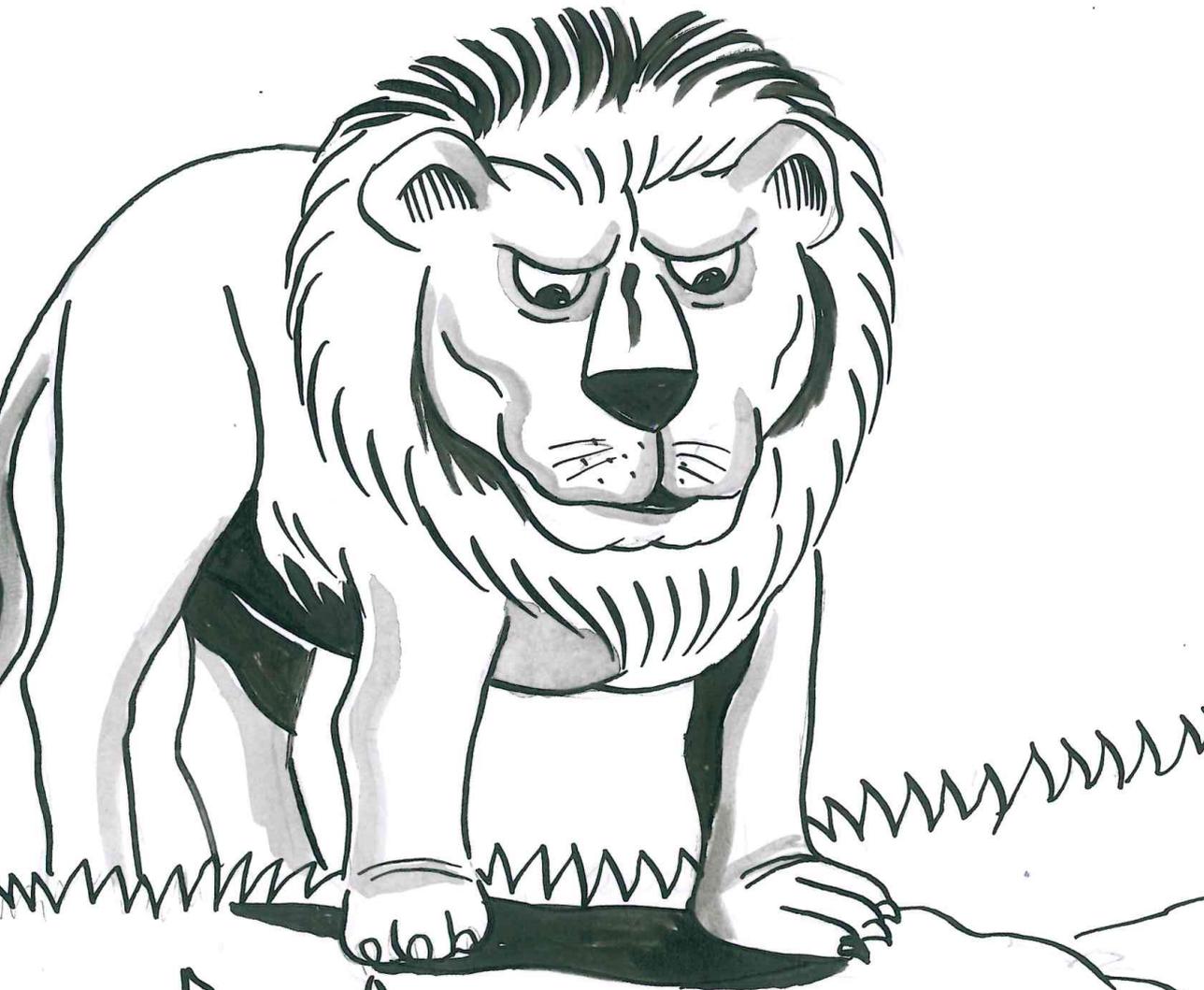
—Tiito, tiito, no me vaya a comer, la carne del zorro es amarga, mejor es la carne de oveja.

—Es verdad, sobrino —le contestó el león— pero lamentablemente no hay ovejas por aquí.

—¿Cómo que no? —respondió el zorro—. ¿Acaso usted está ciego?, ¿no ve que arriba del cerro hay una manada que están que blanquean? Quédese quietito, no se mueva, que yo me subo y desde arriba le derrumbo un par de ovejas para que aplaque el hambre.

—Tienes razón, sobrino, esa carne es más riquísima... ¿Para qué sirve la del zorro? Sube rápido y cumple con tu cometido que yo aquí espero.

El zorro trepó rápidamente al cerro y, cuando estuvo en la cima, gritó fuerte: "Tiito, tiito, allí van las ovejas". No eran ovejas sino unas enormes piedras blancas que caían una tras otra. El león, asustado por el inesperado ataque, tuvo que ponerse a buen recaudo. Furioso, el animal se retiró del lugar lanzando al aire esta amenaza: "Ay sobrino, sobrino, otra vez me la hiciste. ¿Adónde has de ir que no te encuentre? Te juro que donde te halle, así amargues como hiel, allí nomás te como y así me pagarás de una vez todas las picardías que me has hecho".



FERNANDEZ

000

EL LEÓN, EL ZORRO Y EL QUESO

Pasó un buen tiempo y parecía que las rencillas entre el león y el zorro se habían relegado. Después de varias lunas, un día inesperado se encontraron a la orilla de una laguna de aguas cristalinas. La noche era radiante y el bosque estaba cubierto con una esplendorosa luna nueva.

El zorro quiso ganar la iniciativa. Efusivo, le dijo:

—Tiito, tiito, qué gusto me da saludarlo. Fíjese lo que son las cosas, justamente me estaba acordando de usted.

—¿Acordándote de mí? No me hagas reír. Esta vez no te me escapas so pedazo de jijuna. No te creo nada de nada, porque tú eres capaz de contarle los pelos al mismísimo diablo. Hoy día te como y te como así amargues como hiel de vaca —sentenció el león.

—No me coma, tiito, no me coma, tiito —imploraba lloroso el zorro—. Yo sé que usted no me cree, tiito, pero de verdad me estaba acordando de usted porque quiérase o no, yo soy su sobrino y aunque eso a usted parece no importarles somos familia y hasta hace poco éramos buenos amigos. En nombre de nuestra vieja amistad quería regalarle un rico queso.

—¿Queso? ¿Cuál queso? —preguntó el rey de los animales.

—¿Qué?, ¿acaso está ciego tío?, ¿no ve ese rico queso que está allí? —señaló convincente el fondo de la laguna donde se reflejaba la luna cual delicioso queso.

—Métase, tiito, ese queso está bien riquísimo, está fresquito y es de leche de cabra.

El león, que estaba hambriento, sin pensarlo dos veces, se zambulló en el agua una y otra vez en busca del queso, situación que aprovechó el zorro para huir despavorido y ponerse a buen recaudo.



FERNANDEZ

EL LEÓN, EL ZORRO Y LA MIEL

Los días pasaron uno tras otro. El zorro había marcado distancia de su voraz tío. Se había refundido por unos escondites impenetrables del bosque. Se encontraba atareado moviendo una olla de miel que estaba hirviendo. Tan entretenido estaba en su faena que no se percató de la presencia del león.

—¡Ajá! ¡Hasta que por fin te encuentro! Esta vez no te la perdono, sobrino, lo que es hoy te como y te como porque hace varios días que no pruebo bocado y estoy hambriento.

—Así no vale, tiito, justamente estoy preparando esta riquísima miel para invitarle a usted.

Zalamero, sacó un poquito en la cuchara y le dio a probar.

—Está rico, ¿verdad, tío? Solo le falta el pan. Espere un tantito nomás que voy a traer unos ricos panes que he preparado para la ocasión, no me demoro. Mientras tanto, vaya atizando la cocina y moviendo la olla para que la miel esté en su punto.

Presuroso, el zorro se marchó. Al poco rato, regresó disfrazado de militar y armado con una carabina. Con voz torrentosa preguntó:

—¿Qué hace usted allí?

—Moviendo esta olla de miel con la cuchara —contestó el león, asustado.

—¿Cómo que con la cuchara? Mueva usted la olla con la mano, ¡rápido! —ordenó el zorro apuntándole con el arma.

El león, temeroso, metió la mano en la miel hirviendo. Un fuerte alarido de dolor retumbó en el bosque, mientras el zorro huía a lo lejos, diciendo: “En esta vida no hay enemigo pequeño”.



FERNANDEZ

EL LEÓN, EL ZORRO Y LAS SANDÍAS

Después de mucho tiempo el león pudo recuperarse de sus heridas y nuevamente se echó a andar por el bosque. Como estaba de sed se acercó al bebedero. Allí se encontró de manera fortuita con su sobrino el zorro.

—Vaya, vaya, ¡qué sorpresa! ¡Fíjense con quién me encuentro! Justamente ahora que estoy más hambriento que nunca. Esta vez no tienes escapatoria. Hoy me las pagas todas juntas, hechas y por hacer. Lo siento, sobrino, te como y te como.

—No sea malo, tiito, no me coma. Mi carne es mala, le va a dar indigestión, mejor cómase esa ricas sandías que están en la laguna.

Incrédulo, el león preguntó:

—¿Cuáles sandías, so pedazo de bellaco, mentiroso?

—¿Que no ve, tío, esas sandías verdes que están en fondo de la laguna? Se ven grandazas y salen bien coloraditas. Yo siempre que tengo hambre vengo para acá, por eso es que usted me encontró aquí. Métase tío, usted que tiene hartísima fuerza saque una grandotota.

Sin pensarlo dos veces, la famélica bestia se metió de refilón a las profundidades del charco y juntando todas sus fuerzas sacó una bien grandaza, pero ¡oh, qué sorpresa!, no eran sandías sino piedras que habían adquirido un color verdoso de tanto estar en las aguas estancadas de la laguna. El león estaba indignado por el engaño. Furioso, dejó caer de sus brazos la pesada piedra que, sin darse cuenta, fue a parar a una de sus patas. Un grito lastimero se dejó escuchar.

—¡Aaaaaaay, mi patita! ¡Aaaaaaay, mi patita! —gruñía de dolor el carnívoro.

El zorro aprovechó el momento y se perdió nuevamente por el bosque diciendo: "Por este camino es más derecho, patitas pa' qué te quiero".



FERNANDEZ

EL LEÓN, EL ZORRO Y LOS ZAPATOS NUEVOS

Pasaron los días y los meses sin que los irreconciliables rivales se encontraran. El zorro sabía que había perdido la credibilidad, por eso siempre estaba alerta, con cien ojos, y solo salía de su guarida cuando el hambre apretaba; pero como el bosque no era tan grande nuevamente se encontraron en un callejón sin salida.

—¡Ah, por fin te encontré! ¿Ahora qué me vas a decir? Por fin llegó tu día. Nadie te va a salvar, porque con el hambre que tengo así amargues lo que amargues yo te como y te como.

—No, tío, usted no me encontró. Yo iba en su búsqueda.

—¿Tú me ibas a buscar? Ja, ja, ja no me hagas reír que se me destemplan las muelas.

—Aunque usted no lo crea, tiito, yo iba a buscarlo para saldar todas las cuentas con usted y lograr que me perdone por todas las cosas que le he hecho.

—Mira, sobrino, tú eres un gran belitre y yo ya no te creo nada de nada. Así que mejor te pones a rezar tus últimas oraciones porque lo que es hoy no te me escapas. Por eso, te vuelvo a repetir, a ti no se te puede creer nada de nada porque tienes muelas hasta para engañar al mismísimo demonio. Esta vez no me vas a embaucar.

—Espere un momento, tío, dame una última oportunidad, quiero reivindicarme con usted. Fíjese que precisamente yo iba a buscarlo porque he descubierto en medio del bosque un corral llenecito de cabras bien gordazas. Si

quiere, vamos pa' enseñarle. Allí, tío, ya tiene la comida segura y no tendrá que andar buscando de arriba pa' abajo y de abajo pa' arriba. Tenga en cuenta que la comida cada día está más difícil, que muchas veces no se encuentra, cosa que cada vez que tuviera hambre va, se empuña una cabra del corral y se la come tranquilo. Hágame caso, tiito, allí tiene la comida segura.

—Bueno, pues, sobrino, te voy hacer caso por última vez —dijo el león— vamos para ver, porque ojo ve, ojo cree. Quiero que me señales de una vez por todas dónde está el corral de las cabras.

—Vamos, pues, tío, ya verá que no se va a arrepentir —afirmó el zorro—. Tío, antes de que me olvide, tengo que decirle que por el camino que vamos a ir hay bastantes espinas, si quiere le puedo hacer dos pares de zapatos para que no se queme y también para que no se hinque. Tengo un cuero de chivo preciso para eso. Si quiere, en un ratito se los hago. Tenga en cuenta que yo soy un buen zapatero y le voy a hacer dos buenos pares de zapatos dignos del rey de todos los animales.

—Bueno, pues, sobrino. Ya que tienes esa voluntad, hazlos, pero tienes que hacerlos rápido porque no aguanto el hambre y en lugar de las cabras te puedo comer a ti.

—No se preocupe, tiito, ahorita mismo se los hago.

Después de tomar las medidas de las patas del león, inmediatamente el zorro se puso a cortar el cuero para los zapatos. Cuando ya los tenía listos se los puso al león y los amarró bien atados para que no se salgan de las patas. A toda prisa enrumbaron hacia el corral de las cabras. El zorro lo llevó por caminos dificultosos hasta que llegaron a las orillas de un río.

—Tío, tío, no se vaya a sacar los zapatos, déjeselos puestos para que se le vayan moldeando a sus patas —le dijo muy convincente el zorro.

—Está bien, sobrino —contestó el león.

Pasaron el río y siguieron la ruta. El sol era candente. A medida que avanzaban, el cuero de los zapatos se iba secando y apretaban cada vez más y más las patas del león, hasta que este no soportó y se sentó pidiendo ayuda al zorro.

—Sobrino, sobrinito, ya no aguanto más estos zapatos, me aprietan mucho, ayúdame a sacarlos, no los soporto más.

Al ver que el león no podía caminar, el zorro huyó otra vez despavorido. “Ay, sobrino, ay, sobrino... Algún día hallarás la horma de tus zapatos”, sentenció el león.

Viejo y cansado de las truculencias del pícaro sobrino, el león se marchó a vivir a otra comarca, lejos pero muy lejos del zorro.



FERNANDEZ

EL ZORRO Y EL GALLINAZO

Un gallinazo hambriento merodeaba desde lo alto. Sus ojos telescópicos alcanzaron a divisar que allá abajo, en la tierra, un zorro viejo y paticojo caminaba renqueando en busca de su presa. Creyendo haber encontrado la solución a su hambruna, el gallinazo bajó inmediatamente y entabló conversación con el zorro.

—Amigo zorro, lo invito a una fiesta que se va a celebrar en el cielo. Habrá de todo, variados potajes, toda clase de bebidas y nos vamos a divertir a lo grande.

—Gracias, amigo gallinazo, no me haga ir la boca en agua, porque aunque quisiera cómo hago para ir, no tengo alas para volar.

—No se preocupe, amigo, ¿para qué estoy yo? Suba usted en mi espinazo que yo gustoso lo llevo a esa fiesta divina.

—Muy bien, amigo, no voy a desaprovechar esta magnífica oportunidad. Vamos a conocer cómo se celebran las fiestas celestiales.

Diciendo esto, el zorro se subió en el espinazo del gallinazo y se elevaron en el aire. Cuando estaban a una considerable altura, el gallinazo hizo una maniobra mal intencionada y el zorro se precipitó al suelo, pero el ladino, sin tener siete vidas como el gato, no murió pues cayó en un poco de paja que le amortiguó el golpe.

Al ver que su plan no le había dado resultado, el gallinazo hambriento volvió a convencer al zorro para ir a disfrutar de la fiesta en el cielo. Esta vez el zorro se prendió fuerte con uñas y dientes del pescuezo del gallinazo y, efectivamente, llegaron al cielo a disfrutar de la fiesta. Estaban en pleno jolgorio disfrutando del banquete cuando llegó San Pedro. Hizo paralizar la fiesta y molesto se dirigió a los presentes:

—El que no ha sido invitado oficialmente por los ángeles del cielo no puede estar en esta fiesta. Por favor, a todos ellos los invito a abandonar la fiesta, de lo contrario, por no obedecer el mandato divino su alma se va a condenar y más que seguro irá a parar al infierno.

Ante tal amenaza, el zorro se atemorizó. Rogando a San Pedro, le suplicó:

—Misericordia, señor, sé que he pecado por haber entrado sin tu permiso a la fiesta, pero tú que eres un santo bueno, por favor, dame cinco minutos de plazo y paso a retirarme de la fiesta.

—Está bien —contestó San Pedro—, ni un minuto más.

El zorro aprovechó esos momentos y empezó a lanzar a la tierra papelitos escritos que decían: "Se avisa a todos los pobladores de la tierra que dentro de cinco minutos va a caer desde el cielo una imagen de la Virgen María". Al ver los mensajes escritos que caían del cielo, toda la población se alborotó y en menos de lo que canta un gallo, pusieron todo tipo de protección para amortiguar la caída de la virgen. Cuando pasaron los cinco minutos, efectivamente, desde el cielo venía cayendo precipitadamente un bulto. Sin salir de su asombro, todos gritaban con reverencia: "¡Aleluya!, ¡aleluya!, ¡milagro! ¡milagro!". Todos creían que era la virgen que bajaba del cielo pero resultó siendo el zorro que, si bien es cierto que se salvó de morir, también es cierto que no se pudo salvar de la tremenda paliza que le propinaron los pobladores por mentiroso.

Al ver que sus intentos por comerse al zorro eran infructuosos, el gallinazo seguía y seguía en su porfía, porque estaba convencido de que el que la sigue la consigue. Nuevamente invitó al zorro a dar una vuelta por el mundo e ir a conocer otros lugares desconocidos y más bonitos.

Cuando estaban volando por los aires, el gallinazo entabló conversación:

—Sujétese bien, amigo zorro.

—No se preocupe, amigo gallinazo, estoy bien prendido del pescuezo, ni de vainas yo me caigo —respondió muy seguro el zorro.

—Eso está muy bien. ¿Y cómo ve el mundo desde aquí, amigo?

—Las casas, los animales y los árboles se ven chiquititos, parece que fuera un nacimiento navideño. Estoy muy impresionado —comentó.

—Esto todavía no es nada, amigo zorro, pero hágame un favor amigo.

—Lo que quiera, amigo, estoy para servirlo.

—Ráscame el espinazo, debe ser alguna pulga que me está martirizando.

—Poco pedido, amigo.

En el momento en que el zorro se desprendió para rascarle el espinazo al gallinazo, este se sacudió fuerte e hizo caer al vacío al zorro. Este, al ver que iba camino a la muerte, gritaba desesperadamente: "Piedras, piedras, quítense que las parto". Esta vez la suerte lo abandonó y nada ni nadie pudo salvarlo, situación que fue aprovechada por una nutrida columna de gallinazos que en vuelos acrobáticos se lanzaron sobre la carroña y en un dos por tres lo desaparecieron. Mientras tanto, el gallinazo tramposo, desde arriba, murmuraba furioso: "Vaya, vaya, nadie sabe para quién trabaja".



FERNANDEZ

EL GALLINAZO Y EL BURRO

Furioso y hambriento, el gallinazo siguió merodeando por la comarca en busca de su presa, hasta que desde lo alto divisó a un burro viejo, cascorvo y debilitado, que con las justas caminaba. Todo parecía indicar que caminaba rumbo a la muerte.

Desde arriba, el gallinazo hambriento vigilaba todos sus movimientos. Muy atento controlaba la hora en que el burro estirara las patas. El cuadrúpedo no podía más con su vida. Cansado y moribundo se acostó a lo largo en la pampa. Al ver al burro postrado, el gallinazo quiso ser el primero, no quiso esperar un instante más. Desesperado y hambriento como estaba, se lanzó al ataque, con la fortaleza de su pico curvo se dispuso a dar comienzo a su succulenta comilona.

El voraz carroñero se posesionó del lugar donde todos los de su especie dan inicio a su festín. Empezó a picotear el recto del todavía agonizante animal, metió la cabeza para extraer los intestinos pero el burro, al sentir el tremendo atropello del cual era objeto, se levantó velozmente y apretando fuertemente las posaderas empezó a correr despavorido con el gallinazo que le colgaba entre las piernas. Desesperado, el carroñero aleteaba infructuosamente hasta que poco a poco dejó de moverse. Murió asfixiado.

Poco después, el burro soltó al gallinazo muerto. Este quedó regado en la pampa, sin pena y sin gloria. Los otros gallinazos se habían mantenido expectantes. Al ver a su compañero muerto, murmuraron: "Uf, qué pena, pero gallinazo no come gallinazo". El nutrido cortejo fúnebre alzó el vuelo y se perdió en el espacio.

CAPÍTULO II

Cuentos de encantos, duendes y aparecidos

Los niños y niñas afroindígenas del campo nacen y crecen en un ámbito en el cual se cuentan relatos de espantos y aparecidos, que pertenecen a la memoria colectiva. Existe la creencia popular de que el alma o el espíritu, por míticas deducciones, sobrevive a la muerte y, en su condición estos seres fantasmagóricos, no encuentran la paz eterna.

Las siguientes páginas presentan unos cuentos de la tradición oral rural, donde provienen la China Huaca, los muertos y los duendillos. Estos últimos son niños abortados o fallecidos antes del bautismo, que retornan a la vida convertidos en espíritus. Los espantos y aparecidos son extintos que conversan y conviven entre los vivos, para desfallecerlos de miedo y consumirlos hasta la muerte. Lloran, ríen, se burlan de los vivos y hasta se enamoran.

Estos relatos maravillosos acontecidos en el mundo campesino fueron transmitidos con mucha sapiencia, porque oportunamente sirvieron de reguladores de los valores, las buenas costumbres y la moral. En los cuentos sobre duendes se pone de manifiesto lo abominable que puede ser el aborto y, en los otros casos, el honor y la valentía del ser humano en el enfrentamiento con hechiceros y seres míticos.

Los cuentos de espantos y aparecidos en la tradición oral afroandina son muestras de la contribución de la inventiva popular a la recuperación social de la palabra hablada y a los procesos de continuidad de la cultura.



LA CHINA HUACA

Mi abuelo nos relataba siempre que el abuelo de su abuelo contaba que cuando era muchacho siempre se le aparecía un espanto de la noche. Lo tenía encantao, lo estaba chupando de a pocos y casi se lo lleva a la otra.

La abuela de la abuela de mi abuela no era yapaterana, más bien era talandraqueña, recién estaban acompañados y recuerda muy bien que todo sucedió el día en que su mujer le pidió visitar a sus taitas.

—Ta' bien, mujer —le dijo—. Por allí nos vamos juntos porque llevamos el mismo camino. Tú te vas a tu tierra y yo me quedo por la chacra porque me toca riego.

Efectivamente, esa misma tarde marcharon juntos. Ya casi para llegar a la altura del río se despidieron.

—Vaya con Dios —le dijo él—. Una vez que termines tu faena regresa rápido, ten en cuenta que la casa queda sola.

—Si Dios quiere mañana estoy de regreso —puntualizó ella.

El riego de la chacra terminó casi con la medianoche. Presuroso, ensilló el burro, acomodó sus enseres, aseguró el cuchillo al cinto, de un salto estuvo encima de la bestia y emprendió la regresada.

La noche estaba fría y la luna entraba y salía entre los nubarrones blancos del empíreo. Las sombras de los árboles proyectaban figuras indescriptibles en aquel callejón tenebroso en que se convertía el camino de regreso a casa.

Por más que taloneaba a la bestia no avanzaba, parecía que retrocedía. De pronto, en el silencio de la noche, escuchó un silbido bien finito. Un aire frío cruzó por delante y los pájaros se caían de los árboles armando un alboroto de chillidos escalofriantes.

En ese momento, de la nada se le presentó una mujer extraña, todo su cuerpo irradiaba una luz resplandeciente, era bellísima. Vestía de blanco entero, aretes y pulseras de oro, cabellera a la cintura y ojos de fuego.

Él ya no quería caminar, se había quedado sin aliento, petrificado. "No te asustes", le dijo la cosa mala. "No te voy hacer daño, al contrario, te has encontrado con la suerte. Quiero que vengas conmigo, te ofrezco, oro, plata, libras esterlinas todo lo que tú quieras, quiero que vivas conmigo. Seremos muy felices", le dijo de refilón.

Dicen que en medio de todo eso se dio cuenta de que esa mujer pertenecía a otro mundo, era la famosa China Huaca, de la que tanto hablaba la gente. Sacó fuerzas y valentía de donde no tuvo, se bajó del burro, se persignó tres veces, sacó su machete y, con toda su fuerza, lo hizo chocar con una piedra que estaba en el camino. Del roce de la piedra y el machete brotaron chispas de candela y, como la China Huaca era alérgica a este tipo de cosas, desapareció dejando en el ambiente un fuerte olor a azufre.

Después del tremendo susto en el camino, el finado llegó temblando a su casa, atrancó la puerta y, cuando entró a su cuarto, se dio con la sorpresa de que en la cama se encontraba durmiendo su mujer. No la despertó para no preocuparla. Se acostó a su lado bien arropado de pies a cabeza.

Amaneció el nuevo día. Se había quedado dormido profundamente. El llamado de unos fuertes gritos fuera de la casa lo despertaron.

Todavía somnoliento se despertó rápidamente y, desconcertado, miró que la dueña de los gritos era su mujer que recién llegaba de viaje con dos burros cargados de alforjas de maíz, yuca, camote y hasta carne salada.

No le contó nada a nadie pero desde esa noche nada fue igual. El espanto lo perseguía por todos lados. Se lo quería llevar.

Dicen que el abuelo del abuelo de mi abuelo era un negro fuerte, bien hecho, pero de la noche a la mañana empezó a enflaquecer rápidamente, parecía un alma en pena.

Sus padres lo llevaron donde un curandero y este les confirmó lo que estaban sospechando. Era la China Huaca que estaba enamorado del finado y se lo estaba llevando poco a poco.

El curandero les recomendó: "Mira, para que esa mujer te deje en paz, primero tienes que casarte con tu mujer porque ustedes son mancebos, haz bendecir un rosario y cuélgatelo en el pecho para que te proteja y, finalmente, pon cuatro ajos machos en cada esquina de tu cuarto y verás que ese espíritu maligno te deja tranquilo". Mi antepasado atendió las recomendaciones del curandero, se casó y vivió en paz.



CORNANDESZ

EL DUENDE

Los duendes son seres minúsculos, fantásticos y mágicos que coexisten en la cosmovisión campesina. Mi abuela cuenta que el duende siempre es chiquito, no pasa del medio metro, como enano es de cuerpo fornido, ojos malignos y orejas de burro. Sale con un sombrero grande, a veces con poncho y baquetas, y otras veces con botas y ropa de cachaco. Dice también que el duende tiene sus horas para salir. Puede salir a las seis de la mañana, a las seis de la tarde o a la medianoche.

Los más antiguos siempre contaban que allá cerca de la loma de cruz, los gritos y llantos lastimeros de un niño abandonado siempre asustan a los que pasan tarde la noche. Dicen que son los lamentos de un niño que fue abortado y que una mala madre lo enterró por allí sin el agua bautismal y que por eso se había convertido en duende.

Mi abuelo nos relataba que el duende sale a asustar porque su alma no encuentra paz. Dicen también que por acá, por esta zona, había un duende que siempre llegaba a la casa de la que fue su madre para asustarla. Cuando estaba durmiendo la destapaba, le tiraba de los pelos, la jalaba de los pies y no la dejaba dormir en paz.

Cuenta también que cuando la mamá del duende tuvo otro hijo, llegaba pasada la medianoche, pellizcaba al churrito y lo hacía llorar, y otras veces lo sacaba de la hamaca y lo dejaba en el suelo. Dicen también que esa misma señora contaba que una vez se había ido a cargar agua a la acequia y dejó a su hijo en la hamaca. Cuando regresó encontró al duende meciendo y arrullando al niño y le cantaba canciones que ella nunca había escuchado.

La gente más antigua le aconsejó que el duende llegaba a su casa porque el churrito estaba moro y, si no le echaba el agua del Carmen o lo bautizaba prontamente, el duende se lo iba a llevar buscando su salvación. Inmediatamente, buscaron padrinos y le corrieron el agua al niño. El duende nunca más volvió.

Dice mi abuelo que hasta ahora el duende merodea por las noches detrás de los niños moros y buscando la salvación de su alma porque, si logra llevárselos, al fin podrá descansar y se convertirá en persona normal como nosotros.



FRANDEZ

EL LOCO Y EL DUENDE

Cuentan que hace muchos pero muchos años en Yapatera vivía un enajenado muy querido en el pueblo. Como loco que era, no le tenía miedo ni a los vivos ni a los muertos, tampoco a la noche, menos al día.

Cierta noche, sin calcular los peligros de los caminos y las oscuridades en el trayecto de la carretera entre Yapatera y La Viña, le llamaron la atención los sollozos lastimeros de un niño en medio de la penumbra. Curioso, se acercó y encontró a un churrito envuelto entre unos culeros, que tiritaba de frío y lloraba desconsoladamente.

Ventolera, que así llamaban al orate, sin pensarlo dos veces recogió a la criatura, comentando asombrado: "Ve, dónde está el hijito de mi tía Enriqueta, seguro que se le ha perdido. Pobrecita mi tiita, debe estar como loca buscándolo, voy a llevárselo a su casa".

Con el niño entre los brazos, Ventolera retomó su camino pero no podía adelantar nada, el churre pesaba demasiado, con su preciada carga a cuestas intentaba dar un paso adelante y retrocedía otro, el cuerpo no le obedecía, no avanzaba nada de nada. Preocupado por lo que le sucedía, el loco intentó descubrir a la criatura y al ver lo que vio quedó petrificado: tenía el rostro cubierto de vellos, sus ojos eran agresivos y le chispeaban candela, era dueño de grandes y filudos dientes, nariz de viejo y orejas crecidas terminadas en punta. Horrorizado, el loco arrojó entre las espinas del cerco a la diabólica aparición. Una siniestra y burlona carcajada se escuchó en el silencio de la noche.

Despavorido y en pánico, el loco huyó como pudo de la escena y se refugió en una de las casas más cercanas. Este susto fue el santo remedio porque desde ese día a Ventolera se le acabaron las locuras de andar deambulando por las noches.



FERNANDEZ

EL CANTO DE LA SIRENA

Cuenta mi abuelo que el abuelo de su abuelo le contaba, que allá por esos años la semana santa era bien respetada. Los diablos andaban sueltos, hacían lo que se les daba la gana y se metían por todas partes. Tenían que sonar las latas y las puertas para sacarlos de las casas. Fue precisamente un viernes santo que en el pueblo ocurrió una desgracia.

Había una familia que, en medio de sus pobreza, vivía muy feliz, era muy respetuosa de las leyes cristianas. Como padres siempre aconsejaban a sus hijos:

—Estos días son de recogimiento, no deben pelearse con nadie, ni cantar, ni silbar, no deben hablar malcriadeces pero, sobre todo, no deben bañarse en el río porque si lo hacen se convertirán en peces. No olviden que los demonios andan sueltos. Deben obedecer a sus padres —les aconsejaban sin cesar.

Como faltaba agua en la casa la mamá mandó a una de sus hijas a traer agua del río. “Hija, ensilla el burro y trae dos cántaros de agua del río. Anda rápido y no caigas en tentaciones porque el diablo es diablo”, le repitió una y otra vez.

La niña, muy obediente, se dirigió al río, llenó los cántaros de agua y cuando se disponía a subir al burro para regresar a casa sintió unas ganas irrefrenables de meterse al agua. Sin pensarlo dos veces y desobedeciendo a sus padres, se metió a las aguas del río a darse un chapuzón. Se sentía tan contenta en el agua que olvidó el tiempo. No se cansaba de nadar de arriba para abajo y de abajo para arriba. Se sintió tan encantada y feliz en las aguas del río que ya no quiso salir más.

Al ver que no regresaba, los padres de la niña, junto con todos los habitantes del pueblo, fueron a buscarla pero solo encontraron la carga y al piajeno que, indiferente al llanto y al dolor de los padres de la niña, pastaba cerca del río.

Los padres no se resignaban y llorando se consolaban diciendo: “El domingo es la resurrección. Dios regresa después de tres días de muerto, ojalá que mi hijita vuelva ese día. La vamos a recibir con los brazos abiertos”.

No regresó y nunca más la encontraron, pero los pobladores comentaban que en las tardes cuando el sol empezaba a ocultarse se escuchaba en el río un canto triste y melodioso. Mucha gente afirma que es el canto de la niña que desobedeció a sus padres.

CAPÍTULO III

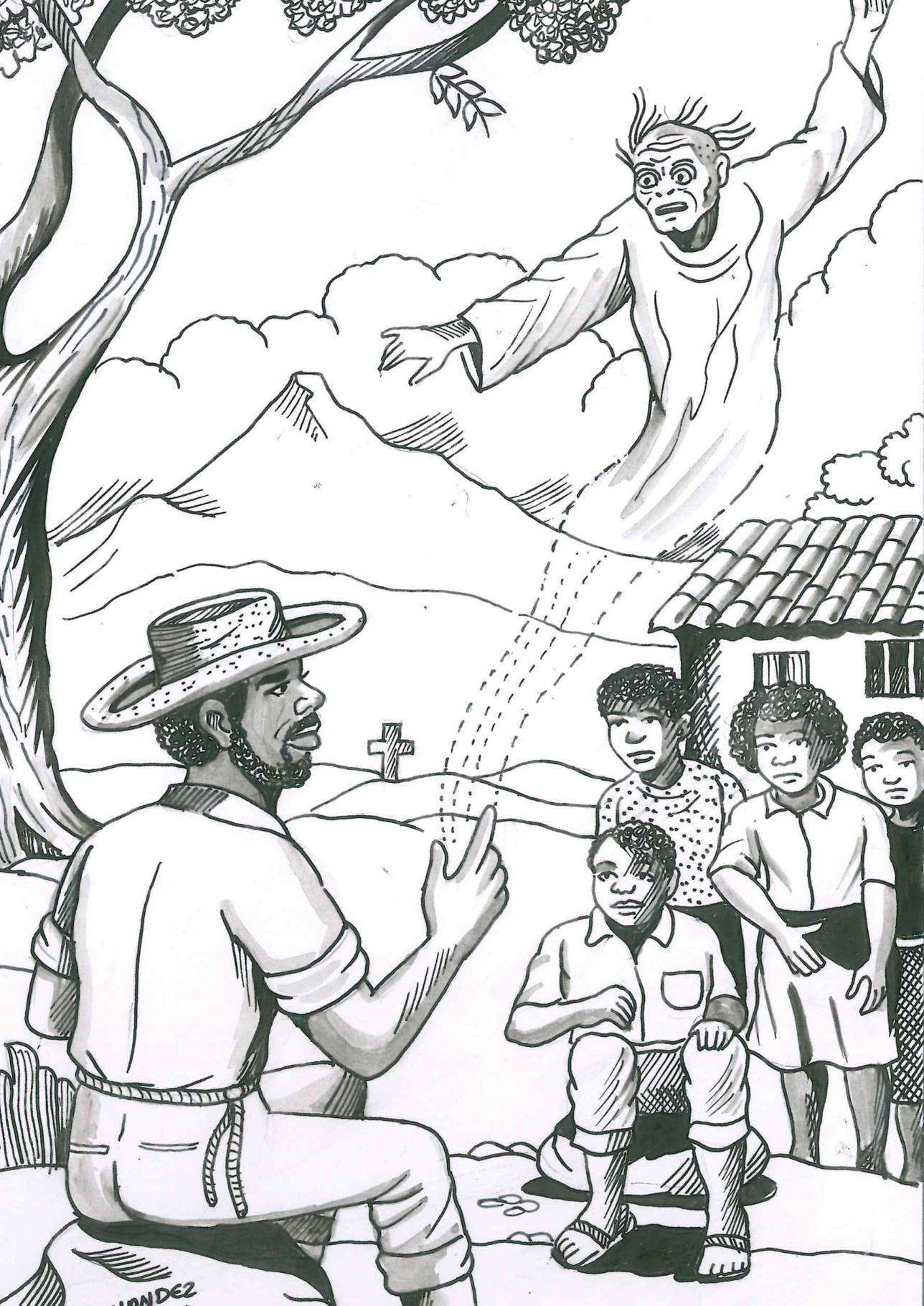
Relatos afroyapateranos

Estos cuentos muestran la cosmovisión rural del poblador afroperuano de Yapatera, de la región Piura, y la manera de entender el mundo desde la filosofía popular campesina.

Los primeros son relatos recogidos de boca en boca acontecidos en el siglo pasado, que cuentan las relaciones sociales de producción a que fueron sometidos los hombres y mujeres al interior del latifundio. Hablan también de sabios anónimos que, con claridad y pensamiento erudito, iniciaron el reconocimiento y valor de las letras y las formas nacientes de organización para lograr el derecho a la educación.

“Yo sé estudiar” es un texto narrativo que desnuda una realidad existente en nuestra sociedad donde existen personas, grupos e instituciones que afirman estar en contra del racismo pero alimentan preconcepciones, estereotipos, exclusiones o preferencias por motivo del color de piel, rasgos físicos, cultura, idioma, pertenencia étnica, condición socioeconómica etc., preferentemente, en contra de los afrodescendientes.

Este capítulo también contiene unos relatos alegres, pícaros, jocosos, otros de corte romántico o sobre brujos y encantos, muchos de ellos animados con ocasionales cumananas inspiradas en el texto propuesto. En esta edición cobra notoriedad la originalidad del lenguaje popular de los personajes, así como las onomatopeyas propias del habla cotidiana del poblador negro yapaterano.



DE BOCA EN BOCA

Hace muchos pero muchísimos años, allá cuando los dinosaurios dominaban la tierra y las culebras andaban paradas, los seres humanos vivían de lo que la naturaleza le proporcionaba. Caminaban grandes distancias en busca de animales y frutos.

Cansados de caminar de arriba para abajo y de abajo para arriba, decidieron vivir juntos y establecerse en un solo lugar. Hicieron sus chozas, empezaron a cultivar la tierra y criar sus propios animales.

De todos, hubo uno que no quiso quedarse. Tenía el espíritu inquieto y siguió caminando y caminando hasta que se perdió en el bosque tratando de encontrar las respuestas a la vida.

Pasaron muchos soles pero también muchas lunas. Viejo y cansado decidió regresar a la tribu. Traía sobre sus hombros una alforja llena de experiencias maravillosas y relatos fantásticos que deseaba contar a todos sus hermanos. Quiso trasmitirles todo lo que había vivido por esos mundos desconocidos, sus anécdotas e historias pero nadie le hacía caso. Todos estaban atareados buscando alimentos, preparando la tierra, arreglando sus chozas y corrales. Todos estaban ocupados en todo y nadie quería saber ni escuchar nada. Triste y decepcionado se marchó al campo. "Nadie quiere oír ni aprender nada, pero me escucharán la montaña, el agua, el viento, las plantas, los animales", dijo para sí.

Trepó a la montaña más alta, se llevó las dos manos al rostro y empezó a contar sus historias en voz alta para que todos lo escucharan.

"Había una vez...", y de lejos le contestaban: "Habíaaaaaa unaaaaa veeeeez...". El hombre se sorprendió pero se sintió feliz de que por fin había alguien que lo escuchaba y estaba repitiendo su historia. Pero no era el único, unos niños pastores también lo escucharon. Desde ese día, el hombre decidió desocupar su alforja y todos los días subía a la montaña a contar una nueva historia que los pastorcitos felices repetían entre ellos.

Los niños crecieron, cuando fueron padres ya tenían su alforja llena de historias y cuentos, decidieron vaciar su contenido y todos los días sentados alrededor de la fogata fueron repitiendo y contando lo mismo a sus hijos y estos a los hijos de sus hijos...

Así fue que nacieron los cuentos y se siguieron contando de boca en boca, hasta nuestros días.



FERNANDEZ

ASÍ NACIERON LAS LETRAS

El año había sido seco, el agua había escaseado y lo poco que bajaba del río tenía como dueño absoluto al patrón. Todo esto preocupaba a los antiguos yanaconas yapateranos. El viejo Cruz Elías no era la excepción. Amanecía y anocheía mirando al cielo. Hasta a Chabaquito, el santo patrón de la comunidad, lo habían sacado en procesión y en las riberas del mismísimo río le habían hecho un rosario de peticiones pero las lluvias no llegaban.

Sentía que venían tiempos difíciles. La preocupación y la congoja le habían hecho aumentar escandalosamente las arrugas de su famélica humanidad y solo le quedaban algunos pelos largos y ridículos que muy afanoso acomodaba bajo la protección de su sombrero de junco.

Todo lo acontecido lo tenía a maltraer, no solo por el cambio de apariencia, sino que también poco a poco se estaba despellejando por ese mal genio y malas pulgas que lo caracterizaban. Se le notaba reflexivo, pensativo, buscaba algo o alguien que nunca encontraba, pero esta vez tenía el convencimiento de que no se iba a quedar con los brazos cruzados.

Ensiló su burro y encaminó sus pasos a la chacra. La acequia grande era el paso obligado para llegar a su destino. Al llegar al abrevadero el animal se detuvo a aplacar la sed. A grandes sorbetones bebió del oleaje de la corriente.

Entristecido, el viejo contemplaba el salpiqueo del agua entre las piedras que libre discurría a irrigar los extensos cañaverales de la hacienda.

Al entrar a la chacra el panorama era desolador, miró con mucha pena cómo sus plantas de frejol de palo, de mango y de limón parecían lentamente por falta de agua, sentía indignación y rabia consigo mismo, tenía que haber una solución, tenía que buscar la manera de comunicar algo o a alguien que sus plantas se morían. Pero, ¿cómo?, se preguntaba a sí mismo. Por primera vez, sintió que había sido heredado por siglos de ignorancia generacional y hoy enfrentaba una penosa realidad.

Miraba triste la arena finita de destellos brillantes que había a lo largo de la acequia seca, sin agua, que cruzaba su chacra. De pronto, un brillo sabihondo y extraño apareció en su mirada. Eufórico, se arrodilló solemnemente, metió

el dedo índice en la arena y con gran esmero empezó a trazar unos garabatos indescifrables, largo rato pasó escribiendo y borroneando la arena y cuando ya estaba convencido de lo que había expresado, respiró profundamente y sintió un gran alivio en su interior. Se paró sacudiéndose la arena de los pantalones y, ya en el borde de la acequia, orgulloso contempló su obra. Esbozando una sonrisa, exclamó con satisfacción:

—¡Ya está listo, carajo! ¿Cómo dicen que escribir es difícil?

Impaciente y cuidadoso se puso esperar a que llegara su hermano Gustavo. Temía también que las lagartijas o el viento impertinente borrara su obra.

Ni bien llegó, lo interpeló:

—Gustavo, hermano. Tú que sabes algo de letras quiero que digas si está bien o mal lo que he escrito.

Gustavo se sorprendió. Hasta donde él sabía, Cruz Elías nunca había ido a escuela alguna porque nunca hubo una en el pueblo y si él aprendió algo fue porque su padrino lo llevó a la ciudad, allí fue donde aprendió a leer y a escribir algo. Definitivamente Cruz estaba mal de la cabeza o estaba volviéndose loco de remate.

—Vamos, vamos pa' que veas lo que le he escrito al patrón —le dijo resuelto.

Animado por la curiosidad, Gustavo lo siguió al paso. Cuando llegaron al lugar el viejo señaló lo que había escrito. "Mira bien y ahora quiero que me digas qué dice allí".

Gustavo miró desconcertado una y otra vez las rayas y garabateos indescifrables marcados en la arena, que no le decían nada. Decepcionado y un poco triste, miró a su hermano que ansioso esperaba una respuesta.

—Lo siento, hermano. Allí, allí no dice nada.

—¿Cómo que no dice nada?

—¿Qué?, ¿eres sordo?, ¿que no escuchas que allí no dice nada? Eso que está allí son solo trazos, puros disparates.

—¿Cómo que no dice nada? —repitió nuevamente, y lo enfrentó indignado, con cara de pocos amigos.

—Lo que pasa es que tú has estudiao pa' las patas de los burros, tú no sabes leer. Escucha bien. Allí dice que necesitamos agua, agua para que no se nos sequen las plantas, allí dice que ya estamos cansados de los abusos y caprichos del gamonal, allí dice también que los maltratos tienen que terminar, también dice que tenemos derecho al agua, que él solo se adueña de todo, hasta cuándo vamos a seguir aguantando.

Gustavo estaba sorprendido, nuevamente volvió la mirada a los trazos y garabatos todavía legibles en la arena. Moviendo la cabeza, afirmó:

—Mirándolo bien, tienes razón, hermano. Allí también dice que todos los yanaconas tenemos derecho a vivir, que tenemos que juntarnos para reclamar lo que nos corresponde porque el agua viene del cielo y si viene del cielo es para todos.

A partir de ese momento, Gustavo, junto con Baltasar León, Narciso Ramírez, entre otros, redactaron un memorial exigiendo a las autoridades derechos sobre el agua. Después de varias luchas, los yanaconas tuvieron acceso al agua y fueron los sábados y domingos los días asignados para regar sus chaqueríos. Sepan, pues, que así nacieron las letras.

Señor, no sé leer ni escribir
con mi memoria lu'echo
y en la arena yo escribo
lo que siente aquí este pecho.



LA LETRA ES LA LETRA

La negra Maclovia se levantó furiosa. Indignada, sacudió sus voluptuosas posaderas, rauda se llevó las manos a la cabeza y a duras penas acomodó la moñera en sus rizos indomables. Los gestos hablaban por sí solos, arrugas prominentes le aparecieron en la frente, los ojos capotudos se le blanquearon y la jeta hinchada se le descolgó al mentón. Mirando desafiante a su interlocutor, le enrostró:

—¡Novecientos! ¡Novecientos! Mejó po' que no dices que te lo regale. Todo, todo lo que cosechan los pobres no vale naaa. ¡Tanto sacrificio que cuesta la siembra para que vengan utees los comerciantes muy sueltos de huesos y ofrezcan lo que se les da su regalada gana... Pagan una bagatela, una miseria, una porquería y facilito nomá se llevan las ganancias. Así, ¿quién no tiene plata, aaaaah?

Ofuscada, respiró todo el aire que pudo y continuó refunfuñando:

—Razón tiene mi compare Fortunato, y no es que él sea renegón, pero es bien cierto cuando dice que toda la vida los pobres vamos a vivir jodidos, con el alma atraa, cagaos como palo de gallinero, cuando queremos vender lo de uno los precios están por los suelos, pero cuando vamo al mercao todo está por las nubes. ¡Novecientos, novecientos... gran platal! —repetía con empecinamiento e incredulidad.

El comerciante volvió a insistir convincente:

—Mire, señora Maclovia, yo le ofrezco novecientos por el lotecito de mango, es buena plata, porque dicho sea de paso, las plantas están bien ralas. Creo que mejor precio no va a encontrar... Además, le quiero dejar un tanto por ciento por adelantado hasta que venga la cosecha y para eso todavía falta bastante. Son novecientos nuevos soles, con el cincuenta por ciento adelante es un buen porcentaje —precisó el comerciante.

La negra se indignó, apretó los puños con fuerza se relamió la jeta y arremetió con fuerza:

—¿Qué dices, so pedazo de pícaro? ¡Cincuenta por ciento! Cincuenta por ciento, porcentajes, qué diablos será eso, a mí no me vengas con enredos. ¿A quién demonios quieres engañaa? Agorita mismo vamo a desenrollaa ete embrollo... Vamos arreglar eto y de una vez por todas. Si te gusta, bien, si no, coge tus patas y regresa por donde has venido. Tontos por cientos, tontos por cientos y todavía me insultas en mi cara limpia y pelada —reprochaba la negra cada vez más enfurecida.

—No, doña Maclovia. No la estoy ofendiendo, usted está confundida, no es tontos por cientos, es tanto por ciento. Yo ya le dije mi oferta y es muy buena. Ahora, dígame, ¿cuánto va a querer para de una vez por todas cerrar el negocio?

La negra blanqueó los ojos. Desconfiada, murmuró:

—Uuuuuuuuh, a mí, a mí, me hablas claro y preciso, no me vengas con tantos remilgos —reclamó. Convencida de lo que decía, le propuso una salida—. Mira, si uté me da siete cientos de esos bietes grandes, nada de esos sole nuevos y me dejas pagando la mitad... ¡La mitad! ¿Me entendiste? Biete por biete, nada de esos tontos por cientos, hacemos el negocio y cerramos trato. Ve si te gusta, lo tomas o lo dejas porque yo soy una mujer de una sola palabra —afirmó muy resuelta.

—Pero doña Maclovia, escuche bien, yo le estoy ofreciendo más de lo que usted quiere. Saque bien sus cuentas, yo no la estoy engañando, además el porcentaje que le ofrezco es bueno, mejor por qué no le pregunta a alguien que sepa más —le sugirió el comerciante.

“Alguien que sepa más, alguien que sepa más”. Esto último no le gustó para nada. A Maclovia se le descompuso el rostro, descolgó la jeta para los costados, las muelas le castañeteaban, se sintió más ofendida que nunca. Carilarga, le respondió energicamente.

—¿Conque sepa más, no? ¡Qué te has creído, so pedazo de zamarro!, ¡que yo no sé sacar mis cuentas, que soy una mula, una ignorante! ¡Fuera de aquí!

Injuriada y furiosa, le tiró la puerta en la cara y rauda se metió en la casa, refunfuñando: “Vivos, qué tal si una juese caída de la hamaca... se la engañaran facilito. ¿Qué dijo? Seguro dijo, de aquí la encuentro solita a esa nera tonta, inocente, agorita mismo me la engaño, ni que yo fuera ignorante... huuuuuuuu...”.

El comerciante se quedó paralizado, no salía de su asombro. Con la boca abierta y la mirada boba buscaba una explicación. Se retiró a pasos lentos, desconcertado. A medida que avanzaba, movía la cabeza para ambos lados, no podía creer lo que estaba pasando.

La negra esperó ansiosa la llegada de su marido. Mientras el negro comía, Maclovia se esmeró en detallar todo lo acontecido. El negro Maclovio casi nunca se metía en los negocios que proponía su mujer, pero esta vez le puso más atención, no podía creer lo que pasaba. A medida que iba escuchando el rostro se le iba descomponiendo, la frente sudorosa le brillaba con intensidad, la nariz se le acrecentó como toro bravo, los ojos bien abiertos cambiaban de negro a blanco y de blanco a negro, se le hinchó la jeta rolluda y las venas del cuello parecían que se le iban a reventar. No pudo seguir comiendo. Mascullando la rabia contenida, golpeó la mesa y se levantó furioso.

—Aprovechador infeliz, donde lo encuentre ahí me va a escuchar, le voy a decir la vida a ese comerciante de dos por medio, así por así naide va a ofender a mi mujer, aquí estoy yo para defenderla, cualquier rato nos vamos encontrar y allí va a saber lo que es bueno.

Después de un largo rato y más reposado, preguntó:

—¿Mujer, cuánto dices que te ofreció?

—Fíjate, nero, el muy verdugo nomá me ofreció novecientos por el lote de mango y todavía el muy zamarro me dijo que daba el cincuenta por ciento. ¡Mira con los ofrecimientos que vino! Ta' bien que uno esté necesitao', pero es

una burla ofrecer esa miseria, esta vida es puro aprovechamiento, el vivo vive del zonzo y el zonzo de su trabajo. Así cuándo diablos va arribar uno, todos etos creen que todos los neros sono inorantes. Felizmente que se encontró con el cura de su pueblo.

Maclovio la miró con aprobación, casi con admiración. Moviendo la cabeza afirmativamente, dijo:

—Ta' bien, mujer, pero mejor hubiese quedao si le hubieras echao los perros pa que le muerdan las corvas y no le queden las ganas de regresar por estos laus. Felizmente, tú sabes hacer buenos tratos. Ta' bien que uno no conoce la letra, pero la vida de uno le va enseñando que en cuestiones de negocios hay que andar siempre avisao, con los ojos bien abiertos porque si no, en un dos por tres te cojudean.

Más sofocado, preguntó nuevamente:

—¿Mujer, cuánto dices que le pediste?

—Yo le pedí siete cientos, de esos bietes grandes azulitos. También le dije que no quería de esos tontos por cientos, que yo no entiendo ni tú tampoco. También le dije que si quería asegurar el negocio tenía que dejar pagau la mitad. Si no, no hay trato. Ah, todavía el muy zalamero me dijo sin ningún miramiento que me estaba pagando de má.

—¿Pagando de má? —preguntó sorprendido Maclovio.

—Sí, así como lo ecuchas, pagando de má" —repitió Maclovio.

La última afirmación les apagó el habla por largo rato. Se miraban con recelo, sin pestañear, dudosos, desconcertados. Los gritos de la negrita Maclovio que regresaba del colegio interrumpió el penoso silencio.

—Mi comida, mi comida... que vengo con hambree, mi comida —se desgañitaba gritando.

Como movidos por un solo resorte se levantaron apuradamente. Sin pensarlo dos veces, el negro Maclovio tomó la iniciativa.

—Maclovita, hijita, tú que estás estudiando letra, quiero que me desenredes este nudo: ¿cuál es más setecientos o novecientos?“—preguntó Maclovio.

—Novecientos pues pá, voy a creer que eso no vas a saber —respondió Maclovita.

—A ver... otra pregunta, hijita: ¿Qué es eso del cincuenta por ciento?

—Es la mitad. Te explico: si tienes diez el cincuenta por ciento es cinco, si tienes noventa el cincuenta por ciento es cuarenta y cinco, o sea, la mitad pues, pá —contestó Maclovita.

—¿Ta, ta, ta segura, hijita? —dudaba Maclovio.

—Más que segura —respondió Maclovita—. Eso se llama porcentaje o tanto por ciento.

Los Maclovio se miraron abochornados en un mutismo cómplice. Agachando la cabeza, Maclovita madre murmuró bajito:

—No hay nada que hacer... la letra es la letra y no hay vuelta que darle. No hay nada mejor pa' los hijos que el estudello. ¿Tú que dices, nero?

Escondiendo la mirada entre las tejas del techo de la vetusta casa, Maclovio padre murmuró avergonzado: “¡Ahh!”. Convencido, proclamó:

—¡Tienes razón negra, la letra es letra, el que sabe la letra lo sabe todo y ve de todo!



LA HUELLA DIGITAL

Baltasar León, Narciso Ramírez, Rosas Crisanto, entre otros del Partido Socialista de Luciano Castillo e Hildebrando Castro Pozo, redactaron una vez un memorial para exigir sus derechos sobre la repartición del agua y el reconocimiento de sus beneficios sociales. Convocaron al pueblo para que firmaran el documento pero grande fue su sorpresa cuando a la hora de los hechos descubrieron que casi nadie sabía leer ni escribir. Todos eran analfabetos.

—¡Don Balto!, ¡don Narciso! —gritaban en coro—, no sea malito, escriba por allí mi nombre que yo le pongo la huella del dedo —decían unos y otros.

De esa manera y formados en columna, fueron dejando testimonio de su reclamo hasta que terminaron de asentar su huella digital en el documento. En ese momento, don Baltasar León se levantó furioso, alzó su puño y golpeó con fuerza la mesa. Comenzó a hablar, habló fuerte con voz áspera como para que todos lo escuchen:

—Disculpen, disculpen todos, pero tengo algo atravesao en el guargüero que no me deja tranquilo, tengo que hablar hoy o nunca. Disculpen, nuevamente, pero qué vergüenza. Ningún alma de estas que están presentes sabe leer ni escribir. Todo el mundo pone el dedazo en los papeles. Escuchen bien lo que les voy a decir. Nunca es tarde para aprender, vale la pena esforzarse porque así como estamos somos peor que animales, todo el mundo nos engaña, solo servimos pa' ser sometidos, agachar la cabeza y obedecer.

Haciendo una leve pausa continuó:

—Tenemos que conseguir un preceptor, un maestro pa' que nos enseñe a leer y a escribir: Tienen que darse cuenta de que es bien jodido ser negro, ser pobre y, para colmo, ignorante. Eso sí que es una desgracia total. Así que abran bien los ojos, también los oídos, no queremos que pongan un sobón por firma, no queremos más dederos. Hay que hacerlo, no solo por nosotros sino también por nuestros hijos para que no terminen de siervos y de mandaderos. Conociendo las letras van a conocer sus derechos y así nadie más los explotará ni los engañará en esta vida.

En ese mismo momento, y entre los comentarios y murmuraciones de los presentes, comprendieron la importancia de la alfabetización.

Posteriormente, a solicitud de la población, llegó por primera vez a Yapatera el maestro José Pintado Berrú. Se instaló en una casucha de tabique que levantaron los pobladores. Desde allí empezó la enseñanza de las primeras letras. El aprendizaje era nocturno y se alumbraba con mechones de kerosene. Allí muchos viejos aprendieron a garabatear su firma porque, según ellos, les daba vergüenza poner el sobón en los papeles.

En homenaje a la gran labor que desempeñó este primigenio educador, hoy el colegio secundario de Yapatera lleva su nombre.

Miraban las letras
ponían un sobón
con rabia decían
las letras sagradas
las sabe el patrón.

El libro un respeto
la pluma un temor
quemaban en sus manos
por su condición.



EL TÍO ELOY Y LOS PÁJAROS

Anocheía en Yapatera y los algarrobos proyectaban sus sombras a la luz de la luna meciéndose cual fantasmas vivos. La noche se antojaba fría y silenciosa. Como siempre, la vieja figura del tío Eloy ganaba el paisaje.

Esta vez el viejo lucía imperturbable, demasiado pensativo para mi gusto. Recostaba su cansada humanidad en la vieja perezosa y, entre sus gruesos dedos, sostenía el término de un cigarro que consumía a grandes bocanadas.

—¿Qué le pasa, tío? Lo veo pensativo, meditabundo, como filosofando a la vida —lo interrumpí bruscamente.

El viejo, sorprendido, salió de su letargo, se acomodó en su descanso y muy a su modo ensayó una disculpa:

—¡Ay, sobrino! Casi me matas del susto, pero tu viejo tiene largos los pensamientos, y estaba tejiendo unas ideas que se me vienen, creo que me estoy volviendo más viejo de lo que soy o de pronto ya me voy a morir.

—No hable así, tío. Usted tiene cuerda para rato, acuérdesese que hierba mala nunca muere —le afirmé.

—Bueno, hijo, será como tú dices, mientras eso no suceda hay que buscarle razón a la vida y si me encontraste pensativo es porque soy un convencido de que la cabeza no solo sirve para llevar el sombrero, sino que también sirve para darle trabajo a la mollera.

—¿Y cuáles eran esos pensamientos largos, si se puede saber?

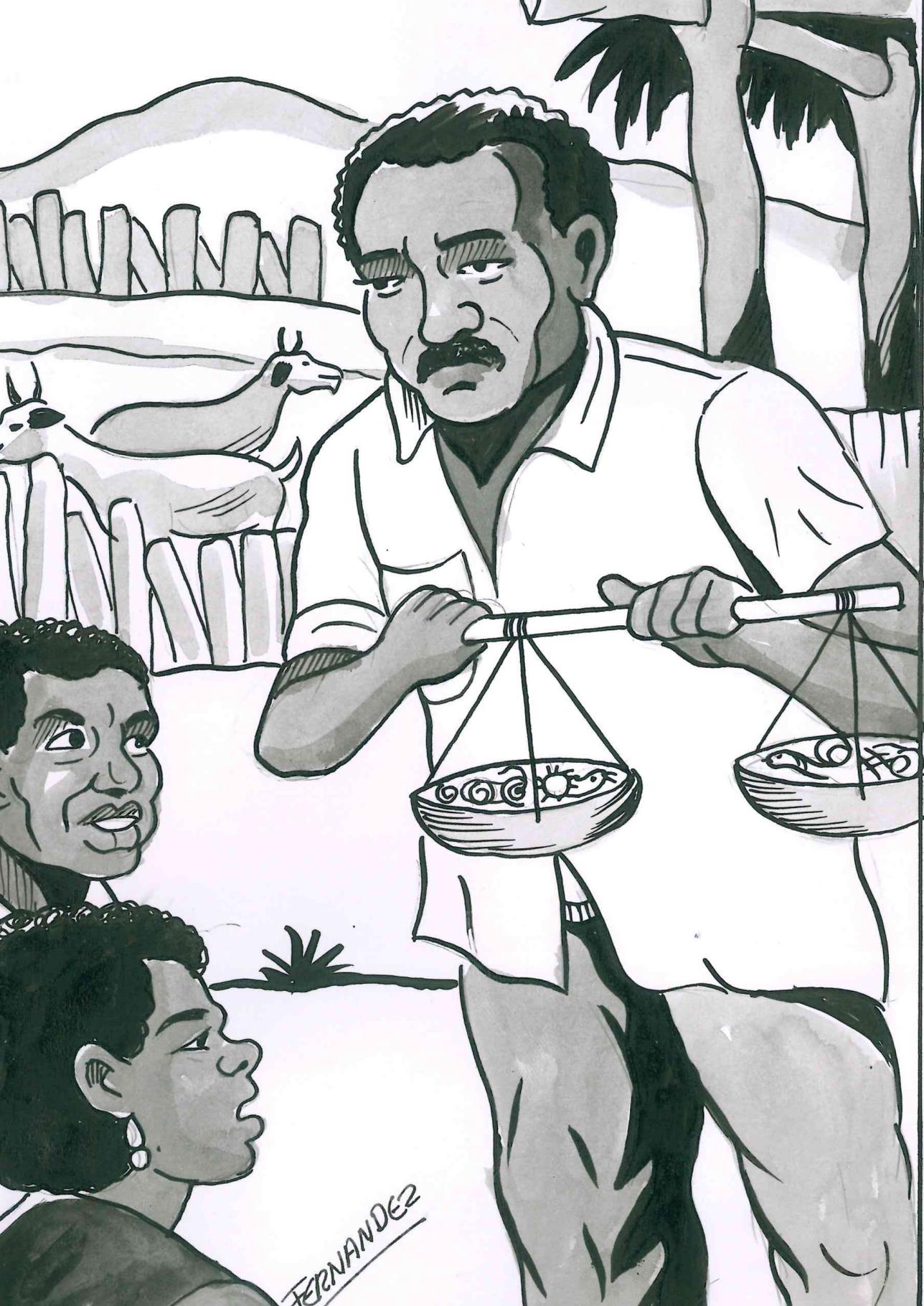
—De poder, se puede, por qué no. Fíjate, sobrino, de un tiempo acá anda que me da vueltas en la cabeza que nosotros nos parecemos harto a los animales o, si no, vamos comparando. Fíjate en la urraca, es un pájaro laberintoso que de todo se asusta y que desde que amanece anda de arriba para abajo y de abajo para arriba con sus chillidos y cacareos alborotando a los demás animales. ¿Acaso no es igualita a la Tarcila?, porque de esa negrita, ahí donde la ves, su lengua es un látigo y tiene boca de cabra, es el mismo demonio en figura de cristiano, probada en competencias de chismes en la plaza y en la acequia, y anda de arriba para abajo y de abajo para arriba metiéndose por las casas, llevando y trayendo chismes y todavía les agrega su sal y su pimienta, y siempre dice que ella no dijo lo que dijo. Por eso es que te digo sobrino, que esa negrita lengua filuda es como la urraca, se caga y se asusta.

Hizo una pausa, y luego retomó el discurso.

—Mira, sobrino, yo nací en Ypatera y soy un hombre de campo y siempre me fijo bien en los animales. La vez pasada puse reparo en que cuando el chilalo y la chilala se juntan, lo primero que hacen es construir su nido, poquito a poquito van cargando su barro, sus palitos, sus pajitas, hasta construir su ollero. Que demoran varios días es cierto, pero como buenos albañiles que son hasta con sala y con cuarto hacen sus casas. Esos pájaros son dignos de admiración y, a pesar de ser animales, son mejores que mucha gente que yo conozco, que nunca hacen casa, y son como el pájaro flojo que duermen todo el día y anidan hasta en el suelo o, si no, hacen sus casas igualitas que los choquecos. Tú conoces los choquecos, son los pájaros más cochinos que existen que mejor ni te cuento. ¡Ah!, pero también está la lechuza que es el pájaro más traicionero y oportunista, porque si los chilalos se descuidan les quitan su ollero, lo quieren todo fácil. Y también hay gente, sobrino, que actúa y vive como la lechuza. No sé qué está pasando en mi pueblo. Antes la gente no era así, todo

era diferente, ahora se ha perdido la vergüenza y la decencia. Fíjate en los dirigentes de las instituciones: se han adueñado de los cargos porque viven de estos, están hambrientos de poder, chupan la sangre del pueblo, son igualitos que las garrapatas en orejas de perro flaco. Y hay otros peores, no respetan a sus semejantes, no les importa el dolor ajeno, son voraces y traicioneros, coimeros y codiciosos, te sacan los ojos y se cagan en los huecos y si te descuidas te comen con zapatos y todo. A esos, sobrino, los llamo halcones. Como verás, hay de todo en este mundo, porque de haber buenos cristianos los hay, al igual que los chilalos, las ardillas, las abejas, el pájaro carpintero. Son trabajadores y responsables en su casa y luchan en favor de su comunidad, con su ejemplo generan vida y esperanza. Ellos seguro aprendieron lo bueno de los animales. En fin, sobrino, hay hartas de estas cosas que sigo tejiendo en mi cabeza, que otro mejor te cuente.

Cuánta razón tenía el viejo en su reflexión fabulesca. Como siempre, estoy de acuerdo contigo tío Eloy.



FERNANDEZ

LOS MATES DEL TÍO SABINO

Después de una laboriosa faena de trabajo en la chacra, el negro Sabino se disponía a reposar a la sombra de la casa cuando la negra Ramona lo interrumpió llorando para darle las quejas:

—Tío Sabino, a usted, como el más viejo de la familia vengo a ponerle al corriente de lo que el negro Eleuterio me ha dicho, quiero que lo reprendas, que le llames la atención.

—¿Y qué te ha dicho, muchacha?

—Fíjate, tío. Me dijo que era una negra cabeza de olla encajada, que mis ojos son toro ahorcao, jeta de burro viejo, piernas de carrizo quemao, que soy veleta panuda y que camino moviendo el trasero.

—¿Y qué más te dijo?

—También me gritó que era una negra regalada, que me acuesto con el negro Luján, que me habían visto con el Pancho y que cuando voy a dejar comida a la chacra me encuentro con Jonás, y tú sabes muy bien, tío, que eso es mentira, porque yo quiero y respeto mucho a mi Tranquilino. Pero eso no es todo, tío. También me dijo que todos los cachacos del cuartel han sido mis maridos, que si todos los peces del mar fueran hombres también lo fueran. Negro boca sucia, se mete con las mujeres. Desde ayer mismo dejó de ser mi primo hermano.

—Déjame ver esto, sobrina, que ahorita mismo voy a mandar a ver a este negro badulaque.

Sí, efectivamente, entre oscuro y claro, el negro Eleuterio apareció en la casa del tío Sabino.

—¡Oye, negrito del carajo!, ¿qué le has dicho a la Ramona? ¿No saben acaso que son familia?

—Tío, si supieras lo que me gritó públicamente esa negra boca del mismo demonio, que para decir lo que dijo primero debe lavarse la boca con jabón.

—¿Y qué te dijo? —le preguntó el negro Sabino.

—Me dijo: calla negro desgraciao, espinazo de colambo, frente de la loma de la cruz, color de picota quemada, jeta de la mula de machete, muelas de perro flaco, ojos de checo remojao, que mis dedos parecen pedazos de rellena frita y también me dijo que un mal viento me ha traído; que he venido corrido de Lima, que solo Dios sabe qué cosas malas habré hecho por allá, que no me gusta entrar a la chacra porque soy quiebra lampas, un vago y aplana calles y tú muy bien sabes, tío Sabino, que malo que bueno yo trabajo y lo que más me duele fue también que me gritó que la ropa que llevo puesta es de muertos, que me la regalan, que me he venido del cuartel y que era desertor y tantas cosas más que no me acuerdo. Por eso, tío, tiene que llamarle la atención a esa negra patas de tizón para que no me ande desprestigiando porque desde ayer mismo dejó de ser mi familia.

En la mañana del día siguiente cuando el viejo estaba aperando el burro para ir a la chacra, la negra Ramona lo interrumpió.

—Tío Sabino, buenos días.

—Buenos días de Dios, hija.

—Tío, he venido por la respuesta. ¿Ya reprendió a ese negro desgraciao que ni pronunciar su nombre quiero?

El viejo, con la tranquilidad y la sapiencia que dan los años, le contestó:

—Mira, hija. Felizmente tengo a la mano los mates de poto y las pesas de piedra que hasta ahora me sirven, donde mi mujer vende carne cuando mata chanco, donde también vende los frijoles, las yucas y los camotes que le traigo de la chacra y toda la gente sabe que son legales.

—Sí, tío, son bien legales, porque yo misma lo he comprobado en las balanzas de cierto —afirmó la negra.

—Sí, por eso mismo en un mate he pesado las palabras de Eleuterio y en el otro las tuyas. Fíjate, sobrina, qué casualidad, las dos pesan iguales, por lo tanto están empatados porque mis mates son legales y eso lo sabe todo el mundo.

La negra torció el gesto y se marchó murmurando bajito: “¡Ese va a ser tío!”.



GALLINAZO NO COME GALLINAZO

Montados en sus burros, dos campesinos yapateranos iban camino a sus chacras. Largo trecho caminaron enmudecidos. De pronto, uno de ellos, tratando de entablar conversación, interrumpió el silencio.

—Comparito Viruta, lo veo muy preocupao, en qué piensa usted.

—En naaa, comparee, son idellas suyas —contestó, un poco desinteresado en la plática.

El otro insistió.

—Ah! Comparee, los tiempos deantes eran bien jodidasooos, bien bravos, figúrase, compairito, que los patrones hacían lo que su regaláa gana les daba y naidiee les decía naa.

Con la visión perdida en la campiña, el aludido susurró desganado un "aaaaaaaahh", carajeando su burro "¡juurroo, caraco! ¡guaa!, ¡guaa!, y qué diantre tiene el bendito animáa". Apresuró el paso de la bestia.

El negro parlanchín le siguió el paso sin desanimarse. Miró de reojo a su compadre, acomodó en la mollera su viejo sombrero de junco y continuó su verborrea.

—Fíjase, comparee, yo me acuerdo patentito como si fuera hoy, una vez en Yapatera ecaseó el tabajo y me jui a buscáa a Dioo allaaaa por Talandracas, y el caporáa me dijo que solamente había tabajo cargando sacos de candela y para no venii con la cara destemplada y las manos vacíaa, callee, callee, callee la boca compare, caballero nomá, tuve que tabajaa toda la semana cargando sacos de candela en el hombro, me pagaron a soo la docena.

Con la frente arrugada, la mirada turbia y el gesto descompuesto el negro Viruta murmuró entre dientes: "Aaaaaaaaahh".

El otro siguió en su porfía.

—En esos tiempos había unos años guenasasasazooos, llovía artisisísimooo, fíjase, comparee, de la nada nacían hartos patizales por el Cerroo Puntudo, por el Cerroo El Arco, por la quebrada ancha, uno soltaba sus animalee a confianza y pasando los meses los ibas a recoge, calle calle calle la boca comparee, bien gordasasoss y hasta con cría te venían. Naides robaba, no como agora que abunda tanto mala maña.

—¡Uuuuurrooo caraco!, ¡uuurroo miera!, ¡guaa!, ¡guaa! ¿Que ete uurroo será cojúo? —lo interrumpió el otro, sin mirarlo, requintando al cuadrúpedo.

Insistente, el negro parlanchín de nuevo reanudó la plática.

—Me acuerdo como que si juera hoy, comparito, que yo solté mi caballo al campo para que se aguenara, estaba bien reflacasoo el bandido. El pobre animaa tenía unas mataduras grandasasazaaass en el espinazo que nunca le sanaban. A los meses regresé al cerroo para ver qué pasaba y ¿qué cree uté que econtré?

Un poco más calmado y picado por la curiosidad, el negro preguntó:

—¿Y qué econtró uté, comparito?

—Compare Viruta, uted no melo va a crée, porque cada ve que lo converso la gente no me cree.

—¿Y qué fue lo que econtró? —insistió el compadre.

—¡Guaa!, ¡guaa! Comparee, aunque uté no lo crea, yoo le juro poo Chabaquito y poo el Señoo de la Piedad que al caballo facineroso lo econtré cargadito de sandías grandasasazas que ni andar podía, le había nacido una hermosísima planta de sandíaa en la matadura. Tuve sandías pá comee, pá vendee y hata pá regalaa. Las facinerosas salían dulcisisísimas y tenían el corazón bien coloradititoo como pecho de putia.

El negro Viruta paró al seco la caminata de su acémila, miró con recelo a su acompañante y con voz enronquecida dijo:

—Compare Jutino, uted es bien alharaquiento, etoy sopechando que uted me quiere cojudear. Uted quiere pasaa la mañana con su santo comparee.

Con los ojos bailarines y la jeta burlona, el otro intentó una disculpa.

—Naa de eso, comparito, cómo cree usted que yo le voy a mentir. Ni que jue-
ra el finao Chendo Condolo. Esee, esee sí que era bien trapacista y recontra
mentirosasazoo. Más bien y ponga mucha atención porque le voy a contar otra
historia que es la purititaa verdad.

—En ese Cerroo Puntudo siempre han ocurrido cosas muy etrañas. Fue por
allá que el que vida fue el finao ojón Benítez se le perdió una hermosísima
vaca mora, la úniquita que tenía, la crio desde que era chiquitita, la crio bien
consentida y malcriadasazaa, ese animaa más vivía entro la casa que el corraa.
Figúrase que hasta comía comida de cristiano. Un día, quiera y no quiera, la
amadrinó con las vacas del finao Canducho Pedrera y las llevaron a soltarlas
al campo, porque por esos laus siempre hubo hartisísimos pastizales. Pasó
un tiempito y como era costumbre el finaito Canducho fue a darle guelta a su
consentiaa. Sí la encontró, el animaa etaba bien hermosísimo, pero también
econtró el suuto de su vida.

—No me diga que lo asuutó un espanto malo —interrumpió el compadre.

—Naa de eso. Guaa, guaa, gua. Dicen que el bendito animaa lo desconoció
por completo, ¡guaa! parecía que había comioo la yerba de la cóleraa porque
desde que alcanzó a ver a su dueño, la cuenta que vio al mismito enemigo, lo
miró con un odiasasasazo, enderezó las orejas y empezó a balar durisísimo,
muuuu, muuuuu, raspaba la tierra con las patas y levantaba polvareda la muy
facinerosa, parecía loca de remate. Sin más ni más empezó a perseguir a su
dueño, guifaleeee patitas pa que te quiero, el ojón Benítez salió bien emba-
lao y allí empezó la corretiadera, él adelante y la vaca atrás que le lambía
espinazo, subían un cerro y bajaban otro y el bendito animal no lo dejaba ni a
paz ni a sombra. Al finao ya le faltaba el resuello pero con los ojasazoos que
Dioo le había dao, dede lejoo alcanzó a ver una chorrera de agua limpiesiti-
taa que caía del puquial que nosotroo conocemoo como el Santa María. La
chorrera caía del cerro y medía como veinte varas de altura, ¡guaa! el negro ni
corto ni perezoso no le quedó de otra que agarrarse de la chorrera y empe-
zó rapidititoo a trepaa como mono, cuando ya estaba por coronar, miró pa
bajo. ¿Qué cree usted que vio? Callee, callee, callee la boca compare, la vaca
facinerosa tamién subía por la chorrera y sin pensarlo dos veces el finaito tuvo
que echar mano del machete que nunca le faltaba y, juaaaaaaa, de un mache-
tazo cortó la chorrera en dos partes y pocotoon la vaca se vino a pique y se

mandó un rico porrazazo que no le quedó ganas de seguir persiguiéndolo. Fíjate, compare, con las justitas se salvoo el finado ojón Benites, si no, no vive pa contalo.

El negro Justino respiró todo el aire que pudo y terminó afirmando:

—Dicen que con el tiempo la vaca bajó con hartisísimas crías.

Incrédulo, el negro Viruta movía la cabeza para ambos lados. Sobreparó su burro, miró con el rabillo del ojo a su compadre y, con una sonrisa maliciosa, intervino:

—Gua, gua gua. Calle, calle, calle la boca, comparito, eso es poco. Déjame que le cuente. Fíjase que una tempora me dediqué al negocio. Con mi piara de buroos me iba bien cargao pá la sierra con arroz, azúcar, sal, jabón, hasta con sombreros cuando me encargaban. De allá regresaba cargadasazoo de maíz amarillo, quesos, atados de dulce, chirimoyas, gaínas, de todo lo que encontraba traía paa vendee en la costa. Fíjase, comparitoo, que hasta una vee me traje una canastada de huevos criollos, de esos huevos que solo los ponen las gaínas de corraa. Aquí, entre nosotros, debo decirle que esos benditos huevos me trajeron buena suerte.

—¿Buena suerte?, ¿por qué? —preguntó intrigado el otro.

—Fíjase, comparee, que aquí nomás entre Talandracas y Chapica hay hartos cerros y hartas encañadas.

—Sí, sí, sí, comparee —contestó asintiendo con la cabeza.

—Pues por allí mismo fue que se me resbaló desde arriba del sillón del buroo la canasta repletita de huevos. Calle, calle la boca comparee, todititos se fueron rodando cuesta abajo por el medio de esas piedras bien puntudasas y, caballero nomáa, qué iba ser, tuve que seguir mi camino. Eso sí, me fui todo triste y desconsolao. Pero espere, que aún no termino la hitoria. Pasado un tiempo, bajaba de nuevo una madrugaa con mis bestias repletitas de negocio y fue allí justitoo en ese mismo lugar donde se me rodóo la canasta repletitaa de huevos, que escuché cantar unos gallos y el cacareo de unas gaínas. ¡Carajo!, no me quedé con eso. Sin pensarlo dos veces, desmontee y amarré como pude la piara y esperé que amaneciera.

Hizo una leve pausa antes de continuar, actitud que logró intrigar más al negro parlanchín que, presuroso, preguntó:

—¿Y qué pasó, comparee? No me venga con tirajalas, no la haga tan larga y termine de una ve de contar la hitoria.

—¡Guaa! ¡guaa! Mire, comparito, aunque uté no lo crea, le juro por las animaa de mis difuntoos, ni bien rayó el día, me bajé por esas encañadas, lo primero encontré fue la canasta, estaba bien revieeeeja y retostada. Veeeee, le juro por las cenizas de mi viejito que lo que más me sorprendió fue la tracalaaa de gallos, gaínas y poítos de todos los colores y todos los tamaños corriendo por todo lau, gaínas poniendo, gaínas culecas y cualquier cantidad de poítos chiquititos. ¡Guaa!, ¡guaa! hartisisísimos animalee que parecía una granja.

Incrédulo, y con el gesto adusto, el negro respondió raudamente.

—Callee, callee, callee la boca, compaire, no me vena con mojigangas. Yo soy mentiroso, lo reconoco, pero uté comparee, uted compare, es recontra mentirosasazoo, quién dianchee le va creer esoo.

Contrariado, el negro parlanchín taloneó con fuerza las costillas del burro y se marchó a toda prisa dejándolo solo. Gritando, el otro alcanzó a decirle:

—Aaah, yo no má. ¿Y uté qué dijo? ¿Voy a cojudearme a este negrito? Ta bien cojudo uté, comparee, pa que cojudee a otro negro. Sépalo ute de una vee y de una vee por todas: gainazo no come gainazo.

Una sonrisa sandunguera se dibujó en su rostro. Hablando para sí mismo, dijo:

—Ya que se trata de gainazoos mejoo me pongo a cantaa unaa cumanaaa:

Todas las mujeres son
parientes del gainazo
depuee de comee la carne
del hueso ya no hacen caso.

Un gainazo en un guabo
triste se puso a pensar
haber nacido yo blanco
y negro vinee a quedad.



FERNANDEZ

LA HORA DE LA MUERTE

Los tristes y sonoros dobles de la campana del pueblo lo habían traído bruscamente a la realidad. Aún soñoliento, el negro murmuró: "¡Va, carajo!, otro muerto en Yapatera, y de aquí esta vieja maldita no para hasta llevarse por lo menos unos ocho negros, esto parece una plaga".

Rememoró que cada vez que había un muerto en el pueblo sus amigos de Chulucanas le recordaban entre risas y burlas que cuando la muerte llega a Yapatera se lleva a los negros en bandada. "¡De esta no te escapas, negrito!", "¡te llegó la hora!", le decían.

El negro Servando no pudo seguir durmiendo. No lo pensó dos veces: buscó su vieja alforja y empezó a meter sus cachivaches. "¡Ay, carajo! A mí no me ha de llevar esa vieja pellejuda porque ¡yo!, yo soy un negro fino, negro de a uno. Que se lleve a esos negros que nacen en bandadas como chiclones, mejor que digan: de aquí corrió, no que aquí murió. Antes que cante el gallo me largo a Talandracas y si allá llega la vieja chancletuda, me paso a Morropón, en fin, por allá tengo harta parentela, por la Pilca, el Ingenio, Salitral, Bigote, todos esos negros son familia de yapateranos. Por allá estaré hasta que pase esa mala plaga".

Mientras esperaba que amaneciera, el negro sentía que cada vez era más difícil huirle a la muerte. Se sentía acorralado, pero aun en esos momentos difíciles se inspiró en arreglar algunas cumananas de ocasión:

A Yapatera llegó la muerte
si me quedo aquí yo muero
antes que me traicione la suerte
patitas, pa' qué te quiero.

Este negrito no atraca
que lo lleven al panteón
yo me voy a Talandracas
y de ahí paso a Morropón.

Quiere llevarme al infierno
cogido por el cogote
me escaparé a Salitral
y de ahí paso a Bigote.

Entre oscuro y claro, el negro salió huyendo de la muerte, que se había apoderado del pueblo y, sin volver a mirar atrás, cantó su última cumanana.

Yo siempre huyo de la muerte
para que no me haga daño
y si me acompaña la suerte
de aquí vengo el próximo año.

Pasado algún tiempo, la nostalgia se apoderó del negro cumananero, extrañaba su pueblo, más aún estando tan cerca la fiesta de Chabaquito. Finalmente, preparó su retorno.

“Voy a agarrar el camino de regreso, cortando por la carretera de Franco llego a la Talanquera, de ahí paso a Piura la Vieja, Batanes, Chulucanas y, finalmente, a mi querido Yapatera”, decía para sí.

El negro caminaba con pasos tristes, meditabundo. Muy en el fondo de su ser presagiaba que algo malo iba a sucederle. Al salir de Morropón un gato negro se le cruzó en el camino, las putillas que encontraba a su paso se ponían de culo y, para colmo, las cacarrutas de un gallinazo que merodeaba en los aires

le adornó la camisa. Todo eso era presagio de mala suerte. Pero estaba decidido a volver. “Bueno, será lo que Dios quiera”, murmuró y resuelto prosiguió su camino.

Marchaba raudo, con la mirada perdida en el vacío, solo pestañeaba al ver las lagartijas que de cuando en cuando cruzaban el polvoriento camino sin sacarlo de sus profundas cavilaciones. “Ojalá se haya terminado esa maldita plaga pero, por si acaso, voy a estar alerta porque la muerte no distingue a nadie, no sabe de riqueza tampoco de poder porque, cuando le toca la hora, también se lleva a los cogotudos. No tiene olfato porque sorprendió a mi compadre Capulé con los pantalones abajo, cuando bajaba de peso en la quebrada. No sabe de festejos porque justo cuando celebraba su cumpleaños, en pleno jolgorio, murió la negra Ramona. Tampoco entiende de amores, menos de pasiones, porque la mala hora le llegó al negro Serapio cuando estaba arriba del guayabo, y todavía con mujer ajena. Murió en su ley, decía la gente, pero yo no quiero esas muertes tristes, porque hasta para morirse, carajo, hay que tener categoría. La muerte también es injusta: a ver por qué no se lleva al viejo Jonás que tiene más de cien años, que anda rengueando, ciego y sin familia; por qué no se lleva a tanto loquito que vive sin ton ni son; a tanta gente que yo conozco que no sirve para nada, que más bien son una carga para la sociedad. Y esta vieja maldita viene a llevarse al hijo de la Zoila que era apenas un mozalbete y con mucho futuro”.

El sol era insoportable y el cansancio lo agobiaba, muy sudoroso y fatigado. Decidió descansar bajo la sombra de un frondoso algarrobo. Uno siempre debe sestar bajo la sombra de un árbol espinudo para que no te cojan la sombra ni te agarren pesadillas, recordó el consejo del abuelo.

A lo lejos se vislumbraba una indescifrable figura que a paso lento, poco a poco se acercaba. Era una viejecilla haraposa a quien el negro muy atento saludó.

—¡Buenas tardes de Dios, mamita! ¿A dónde vas con este tremendo solazoo? ¿Por qué no descansas un poco?

—¡Muchas gracias, hijo! —contestó la vieja que, con mucha displicencia, bajó de sus hombros la alforja mugrienta con su pesada carga.

El negro, curioso como era, le preguntó:

—¿Qué llevas en la alforja que tanto cuidas?

—Ay, hijo, es un gran secreto que guardo con mucho cuidado.

Lejos de contentarlo, la respuesta de la vieja aumentó la curiosidad del negro Servando que insistía una y otra vez en ver lo que había en la alforja. La vieja lo miró burlonamente y le dijo:

—Ya que tanto insistes te voy a complacer.

—¿Qué es esto? —preguntó asombrado—. ¿Por qué llevas tantos zapatos y chancletas rotas y viejas que no sirven para nada?

—¿Cómo que no sirven para nada? Son los zapatos y las chancletas que he gastado de tanto andar buscándote, negro cimarrón. De esta no te me escapas.

El negro palideció, un escalofrío recorrió su cuerpo, los ojos parecían que se le salían de la cara y lloroso empezó a suplicar:

—¡ No me lleves!, ¡no me lleves todavía! ¡Te canto unas cumananas!

Pero era demasiado tarde, le había llegado la hora.

—No, muchas gracias, negrito —respondió la muerte—. Ahora soy yo la que te voy a cantar unas cumananas.

La muerte no escoge linaje
tiene forma de esqueleto
se lleva cualquier sujeto
y al más alto personaje.

La muerte es bien engañosa
se presenta de cualquier cosa
es una mujer buena moza
o tal vez una vieja haraposa.

Nada en esta vida es eterno
se acaban bienes y males
porque todos ante la muerte
terminan siempre iguales.

La suerte del negro ya estaba echada, tarde se dio cuenta de su triste realidad. Un fuerte tronazón se escuchó en el silencio confundiendo con el griterío de las urracas y las soñas que, alborotadas, huían despavoridas.

A lo lejos se escuchaban alaridos y llantos lastimeros que se perdían por las empinadas laderas del cerro Pilán.



FERNANDEZ

¡YO SÉ ESTUDIAR!

En memoria de Octavio Céspedes Cornejo "Taba"

Julio César se presentó puntual esa mañana en su nueva escuela. Se mostraba feliz, con una sonrisa de oreja a oreja que le llenaba el rostro. Se detuvo en la puerta del salón de clases —estaba casi lleno de bulliciosos alumnos—, sus grandes ojos negros se movían de un lado a otro auscultando el ambiente hasta que, en el fondo, ubicó una carpeta vacía. Resuelto y a grandes zancadas avanzó hacia allá para sentarse.

Al mirar al extraño personaje que entraba raudamente, los niños guardaron silencio, curiosos y asombrados se miraban entre sí, instintivamente regresaban a mirar una y otra vez a aquel niño larguirucho de cabello prieto, nariz ancha y portador de una bamba impresionante. Era un niño raro, un niño diferente.

La sonrisa poco a poco se le fue borrando del rostro. Sentía que las miradas de aquellos niños, convertidas en flechas, lo atravesaban. Bajó la cabeza muy avergonzado y enterró la mirada en el piso. Por primera vez, lamentó el haber cambiado su escuelita pueblerina, allí donde todos o la gran mayoría de niños eran iguales o parecidos pero, sobre todo, nadie lo miraba ni lo trataba como bicho raro. En ese momento, las palabras de su padre le retumbaban en la cabeza. "Te voy a seguir dando estudio porque tú has salido inteligente, no has nacido para la palana. Tú, mi negrito cimarrón, vas a sacar adelante a la familia", le repetía siempre.

El ingreso del profesor, lo sacó de sus cavilaciones. Saludando efusivamente, el maestro se posesionó en el aula:

—¡Buenos días de Dios, niños!

—¡Buenos días! —contestaron todos en coro.

—¿Alguna novedad? —preguntó el profesor.

Sin responder, todos voltearon a mirar hacia atrás. En ese instante el profesor se percató de la presencia del cabizbajo y solitario alumno.

—¡Ajá!, tenemos un nuevo alumno. Muy bien, ¿cómo te llamas? —lo interrogó.

—Julio César —respondió con voz temblorosa.

—¿Tú no eres de acá, verdad? Déjame adivinar, debes ser de Chapica, puedes ser de Talandracas y si no de Yapatera. ¿De dónde eres?

—Soy de Yapatera, maestro —contesto tímidamente Julio César.

—Eres de Yapatera, no hacía falta adivinar, si allá todos son como tú. ¿Julio César, no? —repitió nuevamente el profesor.

Moviendo la cabeza, respondió:

—Sí, maestro, Julio César.

—Tienes nombre de pelotero y pasta de futbolista. ¿Sabes pegarle a la pelota?, debes jugar bien al fútbol, contigo podemos campeonar en el interescolar.

—No, maestro. No sé jugar pelota —respondió tímidamente.

—Qué raro —comentó el maestro y continuó.

—Tienes estampa de boxeador. ¿Te gusta el box?

—No, maestro, no sé pelear.

—Bueno, pero eres largo y flaco. Tú debes ser corredor, el atleta que la escuela necesita.

—No, maestro, no me gusta el atletismo.

Un tanto desilusionado, el maestro se llevó la mano al mentón y de pronto exclamó en forma jubilosa.

—¡Ah, ya sé! Tú sabes bailar música negra, landó, festejo, tondero, todos ustedes llevan el ritmo en la sangre. Aquí en la escuela necesitamos un bailarín.

Avergonzado y con la cabeza metida entre los hombros, murmuró:

—No sé bailar, maestro.

Decepcionado, el maestro le enrostró:

—Negro y no sabes jugar fútbol, no te gusta el box, no te gusta correr, tampoco sabes bailar, entonces ¿qué diablos sabes hacer o para qué sirves?

Julio César levantó la cabeza y con un tono seguro contestó fuerte:

—¡Yo sé estudiar, maestro!

Julio César no sabía jugar al fútbol, tampoco le entraba al box, el atletismo menos y el baile por compromiso, pero sí sabía estudiar. Terminó sus estudios en forma exitosa, ingresó a la Universidad de Piura y años más tarde se graduó de ingeniero agrónomo. Y como organizador fue fundador y activista del Movimiento Nacional Afroperuano Francisco Congo.

CAPÍTULO IV

La oralidad religiosa

La religiosidad es uno de los vínculos interculturales más consistentes entre afrodescendientes e indígenas. En el campo de la espiritualidad no solo tenemos como representantes al Señor de los Milagros, a San Martín de Porres y, en el norte del país, el Señor Cautivo de Ayabaca, si no que han llegado a formular tradiciones rituales que han traspasado fronteras étnicas y culturales.

Los ritos religiosos son una de las expresiones tradicionales más enraizadas en el norte peruano desde Tumbes hasta Lambayeque. Son los novenarios, los chucaques, el susto y el mal de ojo sus principales representaciones. Las oraciones que se utilizan en los rezos no solo atienden estos desórdenes espirituales ligados a los problemas del cuerpo sino también son encausadores de la purificación del alma.

Las manifestaciones de la oralidad religiosa popular son expresiones que se han transmitido de generación en generación y de boca en boca, para lo cual propongo esta nueva temática que corresponde al patrimonio cultural religioso.



FERNANDEZ

Oraciones utilizadas en los novenarios

El novenario es una tradición muy enraizada en toda la zona norte. Después del fallecimiento de la persona, los familiares realizan la novena de los muertos (rezos) por nueve noches consecutivas en la casa del difunto. A estos actos religiosos acude mucha gente, preferentemente familiares y amigos del muerto, donde se depar- te con café, pan o galletas, bebidas alcohólicas y hasta con comida en el levantamiento de Cristo que es el último día.

Oración a San Martín de Porres

En esta pena y necesidad que me agobia, sin hallar remedio humano acudo a ti con plena confianza, ¡Oh, bienaventurado Martín!, abogado y protector mío.

Confío en tu poderoso valimiento ante Dios misericordioso para que interce- das ante su divina e infinita bondad para que sean perdonadas mis culpas, me libre del mal que me aflige. Dame al menos tu espíritu de sacrificio y resigna- ción para que lo sepa santificar.

¡Oh, padre celestial! , por los dulces nombres de Jesús y María y los méritos de tu fiel siervo Martín, sálvame de esta pena, agonía y necesidad y no permitáis que mi cuerpo sea preso, ni mis carnes sean heridas, ni mi alma sea perdida, ni mi sangre derramada y confundida. En ti, Martín, glorioso negrito de mi corazón, deposito toda mi esperanza.

Amén.

Oración a San Miguel Arcángel

¡Oh, glorioso arcángel! San Miguel, príncipe y caudillo de los ejércitos celestiales, guardián de la iglesia y defensor de las almas, terror y espanto de los infernales espíritus, humildemente te rogamos que nos ampare tu fervor, tu fortaleza nos defienda y tu virtud nos ayude a esforzarnos todos los días de nuestra vida y especialmente en el trance terrible de la muerte para que, defendidos por tu poder del infernal dragón y de todas sus asechanzas, cuando salgamos de este mundo seamos presentados por ti libres de toda culpa ante la divina majestad.

¡Oh, San Miguel Arcángel! Defiéndonos en el combate de los espíritus del mal para que no perezcamos en el tremendo juicio final. Amén.

Oración a Jesucristo

Nuestro Señor Jesucristo tiene en Jerusalén tantas virtudes como flores tiene el campo, arena tiene el mar, estrellas el celestial firmamento. Quien dice con fervor esta oración no será picado de víbora y de eternidad tendrá gotas de coral. No será muerto en batalla, antes más bien será aclamado por sus enemigos. Dios conmigo, yo con él, él adelante y yo detrás de él. Quien con devoción rece esta oración todos los viernes del año sacará una alma en pena y la suya del pecado original. Quien la sabe no la reza, quien la oye no la aprende, el día del juicio final verán lo que esta oración contiene. Amén.

Oración a la Virgen de Monserrat, abogada de las embarazadas y guía de los caminantes

Jesucristo, hijo de Dios vivo, Dios te salve reina y madre. Templo y sagrario de la Santísima Trinidad no permitas que mi cuerpo sea preso ni herido de muerte. Esta reliquia fue encontrada en el santo sepulcro de nuestro señor Jesucristo, la cual la han tenido algunos reyes y emperadores de España.

Estando Santa Brígida y Santa Isabel haciendo una rogativa a nuestro señor Jesucristo y deseosas de saber la divina pasión de nuestro Señor una voz les dijo: "Sabed queridos hijos que los soldados que me prendieron fueron cien, los que me llevaron atado fueron tres, fui tirado al suelo y me dieron veinte puñaladas, en la cara tuve sesenta y dos llagas mayores que las demás, fui tirado de la barba sesenta y tres veces y escupido treinta".

Toda persona que rezare siete padres nuestros y siete aves marías por espacio de dos años le concederé cuatro indulgencias plenarias y si falleciera antes de los dos años será como si lo hubiera cumplido y lo sacaré a gozar en mi reino.

Hasta el fin del mundo verá una visión maligna, no morirá de mala muerte, será libre de enemigos, la mujer que se encuentre en parto dará a luz sin riesgo alguno, no será enfermo de la vista, no habrá disgustos en casa ni separación alguna.

Esta sagrada oración deben conservarla y concederla a los caminantes para que se libren de horas fatales y peligros de muerte. Al levantarse, se persigna y se dice:

Jesucristo, Dios divino, sálvame. Madre de Dios bendita seas entre todas las mujeres, ruega a tu precioso hijo que me separe y me ampare en la hora de mi muerte. Padre de los apóstoles, tesoros de los mártires, confesor de los

desesperados, ayúdame ahora en la postrera hora y cuando deje ese mundo me separe y lleve a la digna morada de tu paraíso.

Madre de la piedad, llena de virtudes, espejo del templo y de verdadera penitencia, consuelo de los afligidos, ampárame, madre mía, vos sois toda nuestra esperanza y de todas las criaturas, paraíso de la beatísima trinidad, corona de ángeles serafines y querubines. Estrella de la mañana, con tu claridad alumbráis la divina gloria, hermosa luna que con tu luz alumbras al caminante. Consuélame, madre mía, muéstrame la grandeza de tu querido hijo que murió por nosotros en el árbol de la cruz. Amén.

Oración utilizada en mesas de curanderos: oración a San Antonio

San Antonio milagroso en ti pongo mi esperanza, que digas la verdad, ámame con cariño y quiéreme de verdad. Jesucristo es mi padre y Santa María mi madre, los apóstoles, mis hermanos, me agarren de la mano y me lleven a Belén, allí donde el diablo no me encuentre ni de día ni de noche.

Porque yo confío en Dios, que es el verdadero y único en el mundo que nos puede proteger y también favorecer.

Si tú eres una mujer o cualquier otro ser, maldito sea el mal que me quieras hacer, tú nunca lo vas a poder, porque ya sabes que cuando mueras correrás el mundo entero y no encontrarás la salvación de Dios.

Yo me río de la fortuna y también de esa persona y del mal que me quieren hacer, ponlo en el árbol más alto que allí ha de llegar el diablo y el remolino lo hará desaparecer, pero yo, con el poder que tengo, puedo hacer de ti lo que la gana me dé y, para que veas mi poder, a trancos largos me has de seguir para que te perdone lo que me has hecho, pero yo me he de sentar en un trono bien elegante a fumarme un cigarro en un papelito cualquiera, que ni tú ni nadie se va a imaginar que en el tabaco de ese cigarrito se encuentra una señorita que me avisa lo que me quieren hacer, con este seguro nunca van a poder, por eso con este perfume tendré que verlos correr. Tabaco fino, tabaco bueno, tabaco huarungano, arriba tabaco.

Cristo bueno, Cristo puro, Cristo crucificado, ponte delante de mi ser y que todos mis enemigos nunca se acuerden de mí. ¡Oh, glorioso San Antonio!

Cuando va rayando la aurora tienes que ahuyentar al demonio, que entre lo bueno y salga lo malo.

Despierten los corazones
para alabar a María
viendo que raya la aurora
démosle principio al día.

No te llamamos en vano
luz y claridad del día
y los ángeles en el cielo
cantan con dulce alegría.

Oración a María

Bendita sea tu pureza y eternamente lo sea, pues todo un Dios se recrea en tan graciosa belleza, a ti celestial princesa, virgen sagrada María te ofrezco desde este día alma vida y corazón, mírame con compasión. No me dejes, madre mía, ahora y hasta la hora de mi última agonía. Ahora virgen, a Jesús pido que en tu pecho, como un nido, me defienda a cada hora.

Apartad, señor, de mí, todo tipo de tentaciones que yo no me apartaré de ti, que las cuentas de tu rosario son balas de artillería, que hasta al infierno llegarían.

Señora, madre mía, líbranos de las malas tentaciones, del común de los enemigos; apártanos, señora mía, de todos los vicios y tentaciones malas que nos puedan dañar el cuerpo y el alma. Alcancéis a vuestro precioso hijo santísimo las indulgencias, sus divinos auxilios, en la hora de la hora de nuestra muerte. Amén.

CAPÍTULO V

Ritos y costumbres

La cura del chucaque

En algunas sociedades africanas ciertas enfermedades se atribuyen a espíritus cercanos al paciente que son responsables de los malestares físicos. Estos males se alivian oficiando una serie de rituales, acompañado de tomas y frotaciones de plantas medicinales. A raíz de la trata de esclavos negros, todos estos cultos (yorubas) traspasaron las fronteras trazadas por la colonización europea del siglo XVI, todas estas creencias se difundieron en los lugares donde hubo presencia de negros africanos, algunos modificados como el vudú y otros ritos populares derivados de elementos de la religiosidad africana y católica.

El chucaque es un rito que puede tener estos antecedentes de multiplicidad étnica, pues las dolencias somáticas del enfermo, según la creencia popular, se originan porque la víctima ha sido objeto de una burla o ha pasado una vergüenza.

Para la cura de este mal el rezador utiliza algunas ramas de plantas medicinales que son aplicadas junto con la imposición de manos en todo el cuerpo del paciente. Todo esto va acompañado de rezos y cánticos para atacar el conflicto físico y espiritual ligado a la enfermedad.



Oración para la cura del chucaque

Se da inicio a la ceremonia persignándose en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

Dios alivió a sus hijos con su santa bendición y yo, en su nombre y con su santa voluntad, santiguo a este paciente, para sacar este mal indigno y no se cruce en mi camino: yo te rezo en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Dios, señor todopoderoso, creador del cielo y de la tierra, libra a todos tus hijos de un mal cualquiera y preferentemente de este chucaque que se ha posesionado de este cuerpo, que salga lo malo y entre lo bueno. ¡Viva Jesús! ¡Viva María! ¡Viva la gracia!, muera la culpa, muera el pecado, muera la vergüenza, muera este chucaque, carajo, para que este cuerpo encuentre la salud perdida.

Te lo pedimos con fe
¡oh!, reina madre mía
que nos libres de este mal
y de una muerte repentina.

María, madre de gracia
madre de contemplación
aquí están tus devotos
échanos tu bendición.

Recibe la bendición en el nombre del Padre, del Hijo, del Espíritu Santo y de María nuestra madre santísima.

¡Fuera chucaque! ¡ fuera carajo!



La cura del mal de ojo

Según la creencia popular esta dolencia es producida por la envidia y la codicia. Es adquirido preferentemente por los niños. Según la creencia popular, si estos males no son tratados a tiempo por los curadores (rezadores), puede causar hasta la muerte del infante. En algunos casos, hasta los animales y las plantas también son objeto del mal de ojo.

Es costumbre que, desde que nacen los niños, los padres protegen a sus criaturas poniéndoles un cintillo rojo en uno de los brazos con la finalidad de espantar el ojo malo de las personas manaturalosas.

La ceremonia que se realiza para la cura es similar al del chucaque y se emplea ramas de plantas medicinales, jabón sin pecar, huevo de gallina criolla, etc.

Oración para la cura del mal de ojo

Al igual que el chucaque se da inicio al ritual persignándose en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

Voy a rezar a este angelito para aliviarlo de sus males y congojas en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Vamos a sacar todos los males que tiene este cuerpo y con la voluntad de nuestra Madre de Dios, que sintió en carne propia el sufrimiento que pasó su único hijo nuestro señor Jesucristo en el calvario de su muerte por salvarnos del pecado original. Danos tu fuerza, tu poder, para sacar todas las envidias, las codicias y todos los demás males que tiene este cuerpo puro e inocente, ten misericordia y concédenos la gracia de que este muchachito se cure. Amén.

CAPÍTULO VI

Dichos populares y refranes

Los dichos populares y refranes son parte de la tradición oral que se transmiten de pueblo en pueblo y de boca en boca. Aquí rescatamos algunos de la memoria ancestral yapaterana.

Agua que no has de beber, debes dejarla correr

Si no está alcance de tus manos, olvídate de eso.

Al mal tiempo buena cara

Las cosas malas deben tomarse con tranquilidad.

Andar la seca, la meca y la tortuleca

No tener paradero, andar sin rumbo.

Atajando pa' que otro enlace

Haciendo cosas para que se beneficie otro.

Burro amarra'ó no gana flete

Si eres ocioso no ganas plata.

Con la vara que mides serás medido

Así como tratas, te tratarán.

Cuando la limosna es abultada, hasta el santo desconfía

Cuando recibes más de lo que mereces.

Cuando el río truena, palizada trae

Si la gente habla, es por algo.

De tal palo tal astilla

Igual a su ascendiente.

De acuerdo al nido es el pájaro

Así como es la persona es su casa.

En buena hora y en buen momento

En el momento preciso.

El que no ve de chico no ve grande

Tienes que empezar para obtener logros.

Echar leña al fuego

Avivar una discusión.

Eres como putilla de culo

Eres un mala suerte.

Eres como zorro a la izquierda

Eres un mala suerte.

Estas entre la pila y el agua bendita

En el primer error que cometes, serás sancionado.

Hija de yegua gacha, paso y trote de la misma facha

La hija es igual que la madre.

La vaca no se acuerda cuando fue ternera

No te acuerdas cuando fuiste joven.

La vida quiere más maña que fuerza

Hay que saber utilizar la inteligencia.

Los nietos de chiquitos son dulces, de grandes amargan

Cuando son niños los controlas, cuando crecen es diferente.

Lógralos en la mañana que después de las doce ya no son tuyos

Los hijos cuando son pequeños son tuyos, ya de adultos son del mundo.

Lo que es de los padres son de los hijos,

lo que es de los hijos no es de los padres

Los hijos heredan lo de los padres, pero estos no heredan lo de sus hijos.

Más son los truenos que el aguacero

Mucha habla, poco hace.

Nadie sabe el mal de la olla más que la cuchara

Nadie sabe lo de nadie.

El chancho al lodo y la cabra al monte

En el terreno del amor, desperdiciar la mejor opción.

No hay mal que por bien no venga

Al final siempre hay una solución.

Pájaro de mal agüero

Portador de mala suerte.

Perder pólvora en gallinazo

Perder el tiempo.

Quien de lo ajeno se viste en la calle queda triste

No vale presumir de lo que no se tiene.

Quieres sacarme los ojos y zurrarte en los huecos

Me has perjudicado y todavía quieres más.

Un clavo saca otro clavo

En el terreno del amor: si sufres un desengaño, búscate otro consuelo.

Salir el tiro por la culata

Las cosas salieron mal.

*Si a la feria quieres ir y no quieres padecer
no lleves yegua parida y menos a tu mujer*

Si quieres divertirte en una fiesta, anda solo.

Todos miran a ella, pero ella mira a otro

En el terreno del amor: la mujer escoge solo a uno.

Un perro menos, una presa más

Menos gente, más oportunidades.

GLOSARIO Y EXPRESIONES LOCALES

Alunada: Animal en celo.

Alzado: Que vive en el monte, salvaje, cimarrón.

Aperar: Colocar el apero al burro.

Apicotar: Amarrar a una picota.

Bagatela: Regatear el precio de un producto.

Belitre: Sujeto de malas costumbres.

Cachema: Pescado norteño.

Cascorva: Cuadrúpedo viejo cuyas piernas traseras chocan entre sí y le impiden caminar.

Chabaquito: Santo patrono de la comunidad de Yapatera.

Chaqueríos: Conjunto de chacras.

Checo: Fruto de color negro, parecido a las bolichas. Está en proceso de extinción.

Chopesales: Arbustos que sirven de cercos en las chacras.

Choqueco: Pájaro cuyo nido construye con desperdicios (algodón, trapos, papel).

Chucaque: Dolor de estómago, se cura con rezos.

Churre: Niño o niña.

Clina: Crin del burro o caballo.

Cojudo: Tonto, bobo.

Colambo: Serpiente de color negro.

Comelona: Comida abundante.

Compadrazgo: Compadres.

Fello: Desprovisto de belleza. Feo.

Jijuna: Expresión coloquial (travieso, maldito, desgraciado).

Jodienda: Molestia, incomodidad.

Macanche: Serpiente venenosa.

Mataperro: Travieso, vago.

Mates: Fruto de la planta de potos de forma de platos que en antiguamente se usaba para pesar y medir (balanza).

Matorral: Grupo de arbustos (chopes).

Mechones: Conjunto de pelos, separados del resto.

Mojino: Cuadrúpedo de color negro.

Moñera: Moño

Moro: Sin bautizar.

Panudo: Creído, sobrado, que aparenta lo que no tiene.

Parir: Nacer.

Patuleca: Sinónimo de cascorvo.

Picota: Tronco de árbol, cortado a cierta altura.

Picotear: Picar.

Privao: Perder el sentido, desmayado.

Putilla: Ave pequeña de plumaje rojo y negro.

Quejumbroso: Que se queja por cualquier motivo.

Quincha: Pared de palos.

Taita: Papá, abuelo.

Talandraqueña: Nacida en Talandracas, comunidad afroperuana de Piura.

Tizón: Palo de leña con brazos.

Trambucar: Atragantar.

Verijas: Entrepierna.

Yapatera: Comunidad afroperuana de Piura.

Zamarro: Astuto, bribón.

Zambullo: Meterse de cabeza en el agua.

